

BOLSILEROS
BRUGUERA

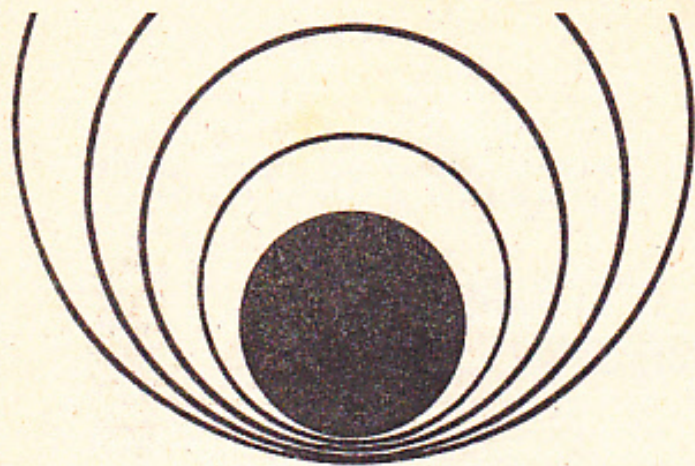
PUNTO
ROJO

BILLETES FIRMADOS CON SANGRE

Clark Carrados



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
BILLETES FIRMADOS CON SANGRE

Colección PUNTO ROJO n.º 1032 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.777 — Marcado para morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.643 — Cabeza de oro.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.029 — La misteriosa muerte de míster Brennar.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 39.866-1981

Impreso en España - Printed in Spain 1.a edición: febrero, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Almazán - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1982

CAPITULO PRIMERO

El hombre se apeó del coche y corrió hacia la próxima cabina telefónica. Armin Kline lo vio desde unos sesenta o setenta pasos de distancia y ladeó la boca en una mueca de disgusto.

—Espero que acabe pronto —gruñó, porque él también tenía que usar el teléfono.

Hasta la víspera, había dispuesto de radioteléfono en su propio coche. Se lo habían cortado por falta de pago y no sabía cuándo reuniría el dinero suficiente para ponerse al día con la compañía telefónica. En realidad, no sabía si al día siguiente tendría lo suficiente para comer.

Quizá, después de aquella llamada... Le fastidiaba mucho tener que humillarse, Ella le pondría verde, le llamaría gandul, vago, inútil y unas cuantas lindezas más, le diría que por qué no se buscaba un trabajo más estable, que ella misma le proporcionaría, si lo deseaba, y finalmente, accedería a prestarle un par de cientos, aunque Kline ya sabía las condiciones previas al préstamo.

—Y bien mirado, no son tan malos —murmuró, mientras se detenía a encender un cigarrillo, con la vista fija en la cabina telefónica, ahora a unos treinta y cinco o cuarenta pasos de distancia.

El individuo había entrado con un maletín en la mano, que dejó en el suelo, mientras se disponía a marcar un número de teléfono. Introdujo una moneda, descolgó el aparato y en aquel momento fue cuando se produjo la explosión.

Lo primero que vio Kline fue un espantoso relámpago. Después, contempló la cabina, que volaba por los aires, hecha pedazos. El hombre fue despedido a gran distancia. Dejaba en su camino jirones de ropa y un rastro horriblemente sangriento de miembros y vísceras destrozadas por la explosión.

Kline se sintió arrojado hacia atrás con enorme violencia. Algo le rasgó una mejilla y le pareció que se la cortaban con una cuchilla de afeitar. Extrañamente, no oyó el estampido.

O le pareció que la explosión no había hecho ruido. Quizá la misma violencia sonora le había ensordecido momentáneamente.

Una espesa nube de humo y acre subió a lo alto, Los coches que pasaban por las inmediaciones empezaron a frenar alocadamente. Dos chocaron y un tercero se les echó encima, con horrible estruendo de vidrios rotos y metales abollados.

Sonaron los primeros gritos. Y entonces, el asombrado Kline, vio que algo caía del cielo.

Eran muchos. Parecía una lluvia de papeles de color verdoso.

—¡Dios mío! —exclamó, aún sentado en el suelo—. Ahora los ángeles se dedican a socorrer a los pobres...

Un papelito de color verde aterrizó suavemente entre las piernas del aturdido Kline. Lo cogió, examinándolo por el anverso y el reverso sucesivamente, y vio la atractiva cifra 100 en el lugar correspondiente.

Cayó un segundo billete y también un tercero. Luego, el cuarto. Tras una ligera duda, Kline se los embolsó sin escrúpulos. Acaso aquel tipo era un cajero infiel... de algún sujeto cuyas actividades no tenían nada de lícitas, especuló. Como fuese, nadie iba a echar de menos cuatro de aquellos papelitos.

Notó sangre en la cara y se pasó un pañuelo. Luego se incorporó. Ya se escuchaban las primeras sirenas policiales.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. La gente se agolpaba en el lugar del suceso. Un par de policías de uniforme se afanaban, tratando de poner orden en la calle. Kline se dijo que lo mejor que podía hacer era esfumarse,

—Total, ¿qué puedo decir? —murmuró, mientras caminaba en dirección opuesta a la que había seguido hasta entonces—. Un tipo entró a telefonar y la maleta que llevaba explotó y...

Se trata de un ajuste de cuentas, decidió muy pronto. Y si era así, como todo parecía indicarlo, no tenía por qué llorar la muerte del dueño de la maleta repleta de billetes de Banco.

—Y también se dinamita —finalizó así sus reflexiones.

* * *

Terminó de comer, satisfecho del opíparo banquete que se había regalado a sí mismo, llamó al camarero, le pidió la cuenta y, cuando se la trajeron, puso uno de los billetes de cien dólares encima de la bandeja.

Un minuto más tarde, llegó un individuo alto, gordo, calvo, con un gran bigote de color rojizo. Kline lo conocía bien; era el dueño del restaurante, en el que tenía una pequeña cuenta, que precisamente pensaba saldar aquel mismo día.

El dueño se llamaba Epsom Lord. Kline le había dicho en una ocasión que él no tenía la culpa del nombrecito. Normal mente, Lord reía los chistes del joven, pero ahora se le veía muy serio y sin ganas de broma.

—Kline, hijito...

—Ya, ya sé que tengo una cuenta pendiente contigo, Eppie —le atajó Kline, aplicándole el diminutivo que sólo los muy íntimos

estaban autorizados a emplear con el dueño del restaurante—. Precisamente di a tu chico un papelito de cien «pavos», para que me borres de tu lista de morosos. ¿O no tienes bastante todavía?

Lord se sentó frente al joven y puso el billete sobre la mesa.

Kline, tu cuenta no está saldada dijo—. Lo siento mucho, pero este «Papiro» no vale ni el papel en que está impreso.

Kline se puso pálido.

—Eppie, no me digas que es falso...

—Tan falso como el alma de Judas, pongo por ejemplo y para no buscar otra comparación más rebuscada. ¿Cuánto tiempo hace que no lavas un plato, Kline?

—Estás bromeando, tú —rezongó el joven.

—Por desgracia, no es cosa de broma. Hace algún tiempo, el teniente Ambruster, viejo cliente de la casa, como tú, me enseñó un billete igual y me indicó la forma de distinguirlo de los auténticos. Es muy difícil, si no se conoce el truco, pero una vez que lo sabes, ya no te pueden pasar un billete falso.

—Cielos, qué metedura de pata...

—Puedes asegurarlo, hijito. Kline, dime, ¿tiene este billete alguna relación con la muerte de Theo Shardon?

—¿Quién es Shardon?

—Anoche voló en pedazos, cuando estaba telefoneando en una cabina pública. Llevaba consigo una maleta repleta de billetes falsos, pero eran robados y alguien, para desquitarse, seguramente porque sabía lo que iba a hacer, le puso un kilo de dinamita en el maletín.

Kline apretó los labios. Maquinalmente, se tocó la tira de esparadrapo que tenía en la mejilla derecha.

Lord se echó a reír.

—Estabas cerca, ¿eh?

—Eppie, por lo que más quieras, no...

Implacable, Lord meneó la cabeza.

—Haría por ti cualquier cosa, menos una, que no debes pedirme jamás. La experiencia me ha dicho que, pese a todo lo que se afirme por ahí, el crimen no es rentable. Por eso he llamado al teniente Ambruster.

—¡Rayos!

—Y ahí lo veo entrar —añadió Lord, de modo que te dejo en sus manos y que la cosa sea leve.

Lord se levantó y agitó una mano.

—Aquí, teniente.

Ambruster se acercó. Era un sujeto de unos cuarenta años, bajo, macizo, sólido como una roca. Kline sabía que no tenía una inteligencia excepcional, pero, en cambio, poseía dos virtudes que

ninguno de sus enemigos había puesto jamás en duda: una absoluta honradez y una tenacidad inigualable. Amigos y enemigos le llamaban el «Cocodrilo», porque, avanzaba despacio, pero agarraba a su presa con mandíbulas de hierro y ya no la soltaba hasta dejarla ante un juez.

Cuando Ambruster terminó, Kline se sentía como si hubiese entablado un combate con Cassius Clay, con las manos atadas a la espalda, él, no Clay, naturalmente. Ambruster no le había tocado, pero, sin embargo, cada una de sus frases era tan demoledora como un buen puñetazo.

Los billetes falsos pasaron a poder del policía, excepto uno, que Kline había guardado para sí, como una reserva, a pesar de todo. Algún incauto picaría y le daría cambio, se dijo. Ambruster se fue muy satisfecho con tres billetes y el joven tuvo que encararse luego con Epsom Lord.

—¿Cuántos platos serán suficientes para nivelar la balanza, Eppie?

—Tu cuenta importa doce dólares redondos. A diez platos por dólar, echa tú mismo los números.

—La cuenta del señor Kline está saldada —sonó de pronto la voz de una mujer.

Kline y el dueño del restaurante se volvieron al mismo tiempo, enormemente sorprendidos por la intervención de la desconocida. Kline vio a una joven de hermosa figura, alta, de largos cabellos negros y tez muy blanca, en donde los labios componían un trazo violentamente sangriento. La nariz era recta, de perfiles netamente griegos y su vestimenta, de tonos oscuros, casi negros, carecía de detalles, pero se adivinaba muy elegante.

Sin embargo, apenas podía ver sus facciones, debido a que la bella desconocida usaba unas enormes gafas de color oscuro, que más parecían una máscara. El único detalle apreciable eran dos hermosos pendientes, con sendas esmeraldas del tamaño de un garbanzo. Incluso llevaba las manos enguantadas, con las que sujetaba un bolso de piel muy cara.

Ella tenía en la mano unos cuantos billetes, que dejó sobre la mesa.

—Le alivio del trabajo de lavar unos platos, señor Kline —agregó la joven—. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Kline se volvió hacia Lord. Este hizo un gesto como dando a entender que no había visto jamás a la mujer. Al fin, Kline movió la cabeza afirmativamente.

—Estoy a su disposición, señora...

Ella no dijo nada y echó a andar con paso elástico hacia la salida. Una vez en la calle, abrió la portezuela de un Mercedes

último modelo e invitó al joven a que se sentara a su lado,

—Por casualidad he escuchado todo lo que hablaron y usted y el teniente Ambruster —dijo la joven, cuando el coche estaba ya en movimiento—. Yo me encontraba en la mesa situada detrás de la suya —aclaró.

—¿Oyó lo que hablamos? —se extrañó Kline—, No lo hicimos a gritos, precisamente.

—Tengo los oídos muy sensibles. Pero esto no importa ahora. Me importa mucho más contratar sus servicios. ¿Le gustaría ganarse cinco mil dólares, más los gastas?

—Me encantaría, siempre que no se trate de asesinar a un semejante, señora...

—Elvira Simmons-Vega —se presentó la joven.

—Elvira Simmons-Vega —replicó él, pensativo—. ¿No será de los Vega, de San Eligió?

—Exactamente. Claro está, los Vega actuales ya no somos lo que fuimos antaño. Prácticamente, sólo nos queda el apellido y ello porque se fundió con el del americano que se casó con la última descendencia del fundador de la familia, ya que se había extinguido la rama masculina.

—Conozco la historia en parte, aunque hasta ahora no había tenido el honor de tratar con un miembro de tan distinguida familia —dijo Kline—. Y, ¿en qué puedo servirla por cinco mil dólares más gastos, señorita Elvira?

—Mi padre ha desaparecido, sospecho que secuestrado. Quiero que lo encuentre, señor Kline.

—Pare —ordenó el joven—. Un secuestro es cosa de la policía...

—No en nuestro caso, cuando, además, los secuestradores no han pedido rescate. ¿Conoce usted la profesión de mi padre?

—En absoluto. ¿A qué se dedica?

—Es artista. Pinta maravillosamente, pero, no obstante, su especialidad no son los pinceles y las telas, sino el grabado en metal. Muchos grandes artistas han sido también maravillosos grabadores. Si quiere que le cite nombres...

—No es necesario; tengo las suficientes nociones de arte como para saber algo sobre el tema. Pero también tengo imaginación y estoy pensando que su padre está relacionado con la falsificación de billetes de cien dólares. ¿Me equivoco, señorita Elvira?

—Acierta —confirmó la joven sin inmutarse.

—El asunto se pone interesante. Cuénteme todo lo referente a su padre, por favor.

—En mi casa, si no le importa, señor Kline.

El joven se arrellanó en el asiento.

—Usted manda —contestó.

CAPITULO II

La casa, era indudable, había conocido mejores tiempos, aunque todavía conservaba buena parte de su primitiva elegancia. Faltaban algunos muebles y se veían un par de huecos en las paredes, seguramente donde habían estado colgados otros tantos cuadros, sin duda vendidos para superar una mala racha. Kline apreció también que no había servidumbre, excepto una mujer de unos sesenta años, de aire cansado y escéptico, que atendía por el nombre de Manolita.

El edificio se hallaba en la cumbre de una colina, desde la que se divisaba un excepcional panorama. Había una gran terraza ante la fachada, con muebles de jardín y un enorme toldo de rayas. Elvira consultó al joven si quería beber allí o prefería hacerlo en el interior.

—Me gusta más ver el paisaje —contestó él.

—Bien, Manolita le servirá, mientras yo me cambio. Discúlpeme.

La sirvienta trajo una bandeja con una botella, vasos, hielo y agua tónica. Luego se retiró en completo silencio.

Kline se sirvió un poco de whisky con un par de cubitos de hielo y se acercó a la barandilla de la de la terraza. La ciudad se veía a lo lejos y, más allá, el océano. La Sierra quedaba a la espalda, oculta por la estructura del edificio.

Encendió un cigarrillo y tomó un par de sorbos. De pronto, oyó la voz de Elvira:

—¿Le gusta?

—Nunca había estado por aquí y ahora me arrepiento —contestó él sin volverse—. La casa es muy antigua, si no me equivoco.

—Fue construida por Francisco de Vega, un soldado que llegó a California con fray Junípero Serra. Después de cumplir su servicio con el rey, le fueron concedidas tierras en estos parajes. En 1790. le pertenecían incluso los terrenos en que está asentada la ciudad. Hoy, por desgracia, apenas si nos queda una centésima parte.

—Es el signo de los tiempos. Las potencias, nacionales o simplemente familiares, creen, alcanzan un desarrollo máximo, empiezan a decaer y, a veces, hasta desaparecen.

—Por ahora, eso no es riesgo para nosotros, me refiero a la desaparición de la familia —dijo Elvira—. ¿No quiere sentarse, señor Kline? Estará más cómodo...

Kline se volvió y estuvo a punto de gritar de asombro. Ella se había puesto una especie de pijama de seda china, muy transparente, de vivos colores amarillos y anaranjados, con unos

pantalones que parecían una falda hasta el suelo y que sólo se notaban eran tales al andar. Se había quitado las gafas y pudo contemplar la belleza de unos ojos, de pupilas tan verdes como las esmeraldas que pendían de sus orejas.

Elvira sonrió levemente, halagada por la admiración que había despertado en el hombre. Cruzó las piernas al sentarse y se puso un cigarrillo en los labios, que Kline le encendió galantemente.

—Hablemos de mi padre ahora —propuso la joven.

—Soy todo oídos —respondió él.

—Gracias. Lo primero que debe saber es que ignoro en absoluto la personalidad de los secuestradores. No obstante, sé que mi padre está secuestrado, porque me habló hace tres meses por teléfono, única ocasión en que lo hizo, después de otro mes de su ausencia. Antes había recibido un mensaje, escrito con tinta simpática, que se borró a poco de haber sido sacado del sobre en que me fue enviado.

—¿Por correo?

—Sí. En dicho mensaje, escrito por mi propio padre, me decía que estaría ausente una Sarga temporada y que no me preocupase por él. Un mes más tarde, como ya le he dicho, me telefoneó para tranquilizarme. Ha sido la última vez que tuve noticias suyas, de un modo directo, aunque semanalmente alguien me telefona para decirme que sigue bien. Pero es una comunicación muy breve, sospecho que para evitar ser localizado el teléfono desde el que me había.

—Lógico —convino Kline—. ¿Qué más, señorita Elvira?

—He empezado a cansarme de la situación y quiero rescatar a mi padre. Podría verse complicado en el asunto de la falsificación de esos billetes y no me gustaría verle encerrado en la cárcel para un montón de años.

—¿Cómo sabe usted que puede estar complicado en esa falsificación?

—Estoy segura de ello. Cuando me habló por teléfono, me dijo que si necesitaba dinero tenía unos cuantos billetes de cien dólares en su escritorio. No era así y la indicación me extrañó en un principio, aunque no le concedí mayor importancia. A fin de cuentas, todavía tenemos algo de dinero y no necesitaba recurrir a unos billetes que, repito, no existían.

—Y luego, andando el tiempo y relacionando la falsificación con las habilidades de su padre, se ha dado cuenta de que aquel consejo no fue sino una contraseña que él le dio para que supiera lo que estaba haciendo.

—Así es —admitió Elvira—. Lo malo es que he tardado mucho tiempo en darme cuenta del detalle.

—¿Como lo advirtió?

—Porque fui a cambiar un billete hace dos días y me dijeron que era falso. Pude conservarlo y, al volver a casa, me puse a examinarlo con toda atención. Encontré el defecto y puedo asegurarle que mi padre lo hizo a conciencia.

—Un error deliberado.

—Justamente.

—Lo cual significa que su padre no quiere verse complicado en el caso. Por tanto, ha hecho que los billetes sean fácilmente detectables.

—Eso es lo que pienso yo, pero también me siento muy aprensiva, porque si sus secuestradores lo advierten, pueden tomar represalias contra él.

Kline reflexionó unos instantes.

—Y no tiene la menor pista sobre esos individuos —dijo al cabo.

—Nada, en absoluto. Lo ignoro todo y no sé quiénes puedan ser ni dónde se encuentran... Por eso quiero que investigue usted y rescate a mi padre, señor Kline.

—Me ha planteado un problema de muy difícil solución, señorita Elvira, pero intentaré complacerla. Sin embargo, debo hacerle dos advertencias: primero, no le garantizo los resultados. Segundo, no sé cuánto tardaré, caso de conseguir algo positivo. ¿Está claro?

Elvira sonrió atractivamente.

—Sé que hará todo lo posible, señor Kline —contestó—. ¿Qué más necesita de mi?

—Enséñeme el defecto del billete falso. Todavía conservo uno; no le di a Ambruster todos los que había cogido cuando empezaron a llover del cielo, después de la explosión que destruyó a Theo Shardon. Por cierto, ¿conocía usted a Shardon?

—Jamás había oído su nombre —declaró la joven—. Espere un momento; voy a buscar una lupa.

—Gracias.

Al quedarse solo, Kline volvió a ponerse en pie y se acercó a la barandilla. Entonces vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Estaba a unos cien pasos de distancia, parapetado tras un árbol de grueso tronco, con unos prismáticos en la mano. El coche se hallaba en la carretera, treinta metros más abajo y en un lugar donde ya se iniciaba una larga pendiente que acababa en un profundo barranco lleno de maleza.

Simulando naturalidad, Kline volvió sobre sus pasos y entró en la casa. Elvira se disponía a salir en aquel momento.

—Nos están vigilando —dijo él—. Salga y actúe normalmente. Voy a ver si capturo al espía.

Elvira se quedó con la boca abierta. Kline cruzó la casa y

alcanzó la parte posterior. Luego, dando un gran rodeo, procuró situarse a espaldas del vigilante.

* * *

Arrastrándose en silencio, Kline alcanzó el borde de la carretera y oteó el panorama a través de las armas de unos arbustos. El espía continuaba en el mismo sitio, sin haberse percatado de su presencia.

Lentamente, salió a terreno descubierto, aunque ocultándose en el coche. Abrió la portezuela, puso la palanca de cambios en punto neutral y soltó el freno de mano.

El coche empezó a deslizarse por la pendiente, despacio al principio, más rápidamente después. Sonó un grito de furor.

Kline se echó hacia atrás. El espía llegó a todo correr, chillando frenéticamente, ciego por otra cosa que no fuese alcanzar su coche desbocado. Kline alargó una pierna, el hombre tropezó en aquel improvisado espectáculo y, después de un corto vuelo, cayó a tierra y se quedó aturdido.

Los gemelos volaron a gran distancia, lanzados por el joven. Kline se inclinó sobre el sujeto y lo registró, encontrándole una billetera con una tarjeta profesional. El tipo se llamaba Phil Dexter y trabajaba para la agencia de detectives Clarell.

Dexter se incorporó pasados unos momentos. El coche estaba ya en el fondo del barranco.

—¿Era suyo? —preguntó Kline, con la sonrisa en los labios. Dexter asintió tristemente.

—No conozco a Leen Clarell, aunque he oído hablar de él —continuó el joven—, ¿Cuánto le paga por su trabajo?

—Soy independiente. Cobro ciento cincuenta diarios, más gastos, aunque casi siempre me contrato con Clarell —repuso Dexter.

—Phil, ¿le gustaría ganarse ciento cincuenta más cada día? Dexter, aún sentado, frunció el ceño.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

—Usted me vigila...

—No; vigilo a la chica.

—Ah... Seguramente, Clarell no le ha dado el nombre de su cliente.

—Nunca lo hace. Sólo me ordena un determinado trabajo, yo le informo y listos.

—Muy bien. No le diga nada de lo que ha sucedido y cobrará otros ciento cincuenta diarios por mi cuenta. Pero, a cambio, tendrá que averiguar quién es el cliente de Clarell.

—Será difícil...

—Inténtelo, Phil.

Hubo una pausa. Dexter pareció considerar la proposición.

—Ciento cincuenta diarios... o mil quinientos, si tardo menos de dos semanas —pidió por fin

—Hecho.

Dexter se puso en pie.

—Me la ha jugado de a puño —se quejó.

—Son gajes del oficio —sonrió Kline. Sacó una tarjeta de visita y se la entregó al sujeto—. Ahí figura mi teléfono, Phil.

—Tendré que volver a pie a la ciudad...

—Haga autostop. Además, caminar es muy higiénico. Adiós, Phil. Kline se volvió a la casa, ahora directamente. Elvira le recibió en la entrada de la terraza.

—Lo he visto todo —dijo.

—La vigilan a usted —contestó él.

—¿Quiénes?

—Ese hombre trabaja para una agencia de detectives, aunque es de suponer que ni su jefe conozca el nombre del cliente. No obstante, voy a intentar conseguir ese dato.

—¿Qué ha hecho, si se puede saber?

—Contratar al espía, pero sin que abandone su trabajo.

—Ah, lo ha convertido en un agente doble —adivinó Elvira.

—Exacto. Y ahora, ¿quiere enseñarme el punto flaco de los billetes falsos?

Minutos más tarde Kline estaba enterado de la manera en que se podían identificar los billetes que unos desaprensivos habían elaborado, en desleal competencia con el gobierno. Al terminar, miró a la joven y sonrió:

—No es por nada, señorita Elvira, pero necesitaría algunos billetitos legítimos —dijo.

—¿Le bastarán dos mil dólares como anticipo, señor Kline?

Kline se habría contentado con la cuarta parte, pero no puso objeciones a la proposición de la muchacha. Momentos después, guardaba en el bolsillo un cheque con el que pensaba superar la mala racha de los últimos tiempos.

—No olvide telefonarme en todo momento, si tiene noticias de su padre, cualquiera que sea el método que él emplee para comunicarse con usted.

—Descuide —respondió ella.

—Me agrada haberla conocido —se despidió Kline.

Pero más tarde, a solas, se dijo que el caso iba a resultar muy difícil. Aunque quizá, por eso mismo, lo consideraba el más atractivo de su carrera.

CAPÍTULO III

Kline se acercó al mostrador, cabalgó en un taburete e hizo una señal al encargado de la barra. Dick Shalf acudió segundos más tarde.

Ella te ha llamado, Armin —dijo Shalf.

—Dile que me he marchado a Singapur —contestó el joven—. ¿Cómo está la cerveza, Dick?

—Nada para ti, mientras ella no dé su permiso. Lo siento, son órdenes y no quiero jugarme el empleo.

—Diríase que me tiene tirria —gruñó Kline—. Está bien, no todos los bares de la ciudad son suyos. Tiene cuatro o cinco, pero hay muchos más y no manda en todos los encargados. Hablando de otra cosa, Dick, ¿qué sabes de Theo Shardon?

—¿El que voló por los aires con una maleta llena de billetes falsos?

—Sí, el mismo.

—Yo no sé nada de él, pero sé quién puede saber detalles de ese infeliz.

—Su nombre, Dick. ¿O te lo ha prohibido también ella?

—Se llama Pat Klune. Ya ves, un apellido casi idéntico al tuyo. Sé que era muy amigo de Shardon. Pero tiene un mal carácter verdaderamente espantoso.

—No te preocupes, Dick. Dime solamente dónde puedo encontrar al tal Klune y deja los problemas en mis manos.

Kline abandonó el bar momentos más tarde. Subió a su coche y rodó lentamente a lo largo de varias manzanas. Al fin, se detuvo ante el edificio indicado por Shalf.

Antes de apearse del coche, estudió la casa durante unos minutos. Era un edificio ancho, de cuatro pisos, con varios establecimientos en la planta baja: una cafetería, un salón de billares, una peluquería y una farmacia. El primero y segundo pisos pertenecían a un hotel barato. Los dos restaurantes eran apartamentos particulares, en lo que, calculó, vivía gente alérgica a los uniformes azules.

Klune tenía su vivienda en la cuarta planta. Estudió un par de ideas para enfrentarse con el sujeto y, al fin, se dispuso a apearse del automóvil. Entonces sonaron varios disparos en el cuarto piso.

Fue una salva muy rápida, casi como disparada por una ametralladora. Antes de que sonara el último tiro, se oyó un estallido de vidrios rotos.

Un cuerpo humano atravesó la ventana y empezó a caer a la calle. Kline observó la caída con morbosa fascinación, como si lo viese a cámara lenta. El sujeto descendió, agitando brazos y

piernas, y cayó sobre un toldo que protegía del sol a uno de los locales. La lona aguantó y le hizo rebotar, lanzándolo a gran distancia.

El cuerpo cayó al fin sobre la calzada, contra la que se estrelló con sordo «plaf», en medio de los gritos de las personas que habían contemplado la escena. Pero la tragedia no había terminado todavía.

Un enorme camión llegaba en aquel momento y el conductor no pudo frenar a tiempo. Esta vez, Kline sí volvió la cabeza para no ver el resto. En cambio, oyó el chirrido de unos frenos que ya resultaban inútiles.

Sonó un alarido de horror. Kline se obligó a sí mismo a no contemplar aquel cuerpo horriblemente aplastado por las grandes ruedas del camión. Luego, haciendo un esfuerzo, se apeó del coche y empezó a cruzar la calle.

* * *

El hombre salió de la casa y contempló con indiferencia la gente que se había agolpado en torno al cadáver. Era un sujeto joven, vestido atildadamente, con un traje de rayitas blancas sobre fondo azul fuerte. Llevaba corbata color vino y la nuez le sobresalía unos centímetros por encima del cuello de la camisa. El pelo, liso, ceniciento, quedaba casi cubierto por el sombrero adornado con una ancha cinta de horrible color amarillo.

Kline lo vio sonreír, como satisfecho de una labor bien realizada. Entonces, alargó la mano y tocó al sujeto en el hombro.

—No te vayas, Mickey Anson —dijo.

Anson se volvió rápidamente. Una luz insana apareció en sus ojos casi incoloros.

—Ah, el famoso Armin Kline... ¿Qué haces por este barrio que no es el tuyo precisamente?

—Venía a hablar con Pat Klune, pero parece que he llegado tarde —contestó el joven.

—Sí, el pobre está muerto. Tuvo mala suerte.

—Y tú buena puntería, Mickey.

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante algunos segundos. Luego, Anson empezó a sonreír. A Kline le recordó el magnífico Richard Widmark, en los principios de su carrera cinematográfica.

—No sé de qué me estás hablando, Armin —dijo Anson por fin.

Kline meditó un segundo más. Era evidente que no iba a sacar nada de Anson, un sujeto que asesinaba por placer, casi más que por dinero. De súbito, sin previo aviso, disparó el puño derecho.

Anson tenía buena puntería, pero su mandíbula era de cristal.

Cayó en el acto.

Kline agitó una mano.

—¡Eh, guardias! —gritó—. ¡Aquí está el asesino!

Dos agentes corrieron hacia aquel lugar.

—Ese es —dijo.

Uno de los policías se inclinó y registró a Anson. Cuando se incorporó, tenía un revólver en la mano.

Se lo acercó a la nariz y aspiró con fuerza. —Todavía huele —exclamó.

Kline sonrió.

—Es su hombre, amigos —dijo.

* * *

—Vaya —dijo la mujer—. Al fin te has decidido a verme. ¿Ha ocurrido algún milagro, Armin?

Kline se desplomó sobre un sillón y puso las piernas en uno de los mullidos brazos.

—Petra, lo siento, pero tenemos que hablar muy seriamente —contestó.

—Estoy a tu disposición, ¡oh, mi señor! —repuso ella con cáustico acento—. Habla, comendador de los creyentes, luz de sabiduría, espejo de virtudes... ¿Puede tu humilde esclava cambiarse de ropa mientras tanto?

Kline miró con un ojo a la hermosa pelirroja en cuya casa se encontraba. Petra McCabbs andaba por los treinta años y era de cuerpo rotundo e inteligencia despierta. Cuando era necesario, sabía ser dura como el pedernal.

—Convendría que te dejases de bromas —dijo con severidad—, El asunto es mucho más serio de lo que parece.

—Dick me ha dicho algo, en efecto —convino Petra, a la vez que empezaba a despojarse de la bata—. ¿Por qué buscabas a Pat Klune?

—Era muy amigo de Shardon, el tipo que voló con una maleta llena de billetes falsos. Quería hablar con él, pero Mickey Anson se me adelantó.

—Parece un asunto complicado, en efecto. —Petra se quitó el sostén y sus grandes pechos oscilaron un momento—. ¿Por qué quieres meter las narices en el caso?

—Me lo han pedido.

—¿Quién?

—Petra, no me...

—Armin, tú nunca me has ocultado nada —le interrumpió ella, empezando a bajarse las bragas—, O sueltas todo lo que sabes o

ya puedes empezarte a caminar hacia la puerta.

—De acuerdo, pero, ¿por qué diablos tenías que desnudarte ahora? Creí que bajarías a vigilar el negocio.

Petra le guiñó un ojo.

—No me gusta hacerlo vestida, de prisa, como unos adolescentes que temen ser sorprendidos. Anda, vamos a la cama.

—Esto es... inaudito —resopló Kline, mientras contemplaba el desnudo cuerpo de la pelirroja, rebosante de atractivos—, Empiezo a pensar que quieres violarme.

—Te dejarías, con muchísimo gusto —rió ella.

Ondulando sinuosamente, se acercó al sillón, agarró una mano del joven y tiró de él de una forma que no dejaba lugar a dudas. Kline se resignó y la siguió sin protestar.

—Hay hombres mucho más guapos que tú, pero ninguno de ellos me atrae en absoluto —declaró Petra más tarde, mientras ambos fumaban sendos cigarrillos, calmadas ya ciertas urgencias de la carne—. No sé por qué será, pero es así y no puedo remediarlo.

—Alguna virtud tenía que tener yo —respondió Kline—, Por lo menos, sé dejarte satisfecha.

—Eso sí es cierto. Y si tú quisieras... ¿Por qué eres tan testarudo, Armin?

—Petra, ¿quieres que hablemos seriamente?

Ella se volvió de costado y quedó apoyada en un codo.

—Adelante —invitó.

—Tú tienes cinco locales...

—Seis. Anteayer compré el Blue Nymph. Fue una ocasión que no podía desaprovechar. Pero sigue, sigue, te escucho, Armin.

—Muy bien, seis locales y todos ellos con una saneada clientela y cada uno es una pequeña mina de oro. Tú quieres que yo me encargue de la dirección administrativa, ¿no es así?

—Exactamente. Con un magnífico sueldo y participación en los beneficios.

—Pero me impones una condición, Petra.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Aunque muchos no lo creen así, no he estado casada jamás —se lamentó—. Me gustaría tanto vestirme de blanco, ir a la iglesia con un ramo de flores, el órgano, la marcha nupcial, en el banquete de bodas, el viaje de luna de miel... ¿No te atrae la perspectiva?

—Me atraería si pensaras lo mismo que yo en cierto aspecto del matrimonio, Petra. Lo que viene después, un hogar apacible, los niños...

—Ya —dijo ella sarcásticamente—. La esposa en casita, mientras el marido trabaja, esperándole con las zapatillas y él

periódico... No, gracias, no es un panorama que me atraiga de una forma especial.

Kline dejó el cigarrillo en un cenicero y saltó de la cama.

—¿Lo ves? No nos entenderíamos y nuestra vida acabaría en un infierno. Ahora nos une la pasión, pero eso se disipa con el tiempo y sólo quedan otros sentimientos más sólidos y duraderos, cosa que no advierto en ninguno de los dos. Lo siento, Petra, no puede ser, aunque no por ello deje de sentir siempre gratitud hacia ti.

—Eres un estúpido...

Kline no dijo nada y empezó a vestirse. Petra, sentada en la cama, le miró con ojos furiosos.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo que seguir investigando —contestó él.

—Sí, vete... Vete por ahí, a ganarte un cochino puñado de dólares, metiendo las narices donde no te importa, expuesto cualquier día a que salga un tipo como Mickey Anson y te llene la barriga de plomo. Y si no sucede, te encontrarás continuamente como estabas cuando explotó la maleta de Shardon. ¿Es esa la clase de vida que quieres llevar

Kline la miró fijamente.

—Yo cedería en ese aspecto, pero tú, ¿cederías en el otro?

Petra desvió la mirada. Kline movió la cabeza.

—Te gusta que te vean continuamente, bromear con unos y otros, chillar a los empleados, pelearse con los proveedores... No, no podrías estar en casa...

—Me asfixiaría —gritó ella—. Antes de una semana, estaría subiéndome por las paredes. Pero tú... En fin, dejémoslo; de nada sirve seguir discutiendo sobre el tema. No vuelvas más a verme, ¿lo oyes? Es la última vez que te has acostado conmigo, Armin. El joven agarró la chaqueta.

—Petra, un último favor —rogó.

—¿Qué quieres? —preguntó la pelirroja malhumoradamente.

—Tienes seis locales. Tus empleados te informan constantemente, Sabes más cosas que otra persona en la ciudad.

—Pero soy discreta, Armin. Si hago que mis empleados me informen, es por mi propia seguridad.

—Si, estoy de acuerdo contigo. La información siempre es útil cuando alguien trata de perjudicarte. ¿Puedes decirme quién preparó la maleta con la bomba?

Petra meditó un instante, con la barbilla apoyada en una mano. Al fin, respondió:

—Seguro, Hattoo Raven. Es especialista en explosivos.

—No Se conozco —dijo Kline.

—Es un hombrecillo insignificante... pero también la serpiente coral lo parece y mata en pocos minutos. No te fíes de él.

—Gracias, Petra.

—Tiene una casa en el Southside, el número seis mil doscientos veinte. Aparentemente, es un oficinista retirado, pero, repito, no te confíes. Su mordedura es tan peligrosa como la de un crótalo. Kline sonrió.

—A veces me pregunto por qué no te han nombrado jefe de Policía —dijo.

—Puede que lo hiciera mejor que el actual —contestó ella—. Anda, vete antes de que me arrepienta...

—Eres menos dura de lo que quieres aparentar, cariño. Sin embargo, ya conoces el planteamiento de la cuestión. Si un día cambias de forma de pensar, avísame.

—No lo esperes, miserable. Ah, otra cosa, Armin.

—Dime, encanto.

—Guárdate del hombre de las «3 P». Sabes a quién me refiero, ¿verdad?

—Desde luego.

—No olvides este consejo. ¡Suerte!

—Adiós, amor.

Kline saltó a la calle. Vio a un vendedor de periódicos y le compró la última edición. En primera página encontró una noticia que llamó muy especialmente su atención.

Un tipo llamado Peters-Peterson negaba rotundamente toda participación en la muerte de Anson y aseguraba no tener la menor relación con su asesino. Peters Peterson admitía que su mala fama llevaba a algunos a hacer consideraciones erróneas, pero ahora llevaba mucho tiempo regenerado y siendo un respetuoso observador de las leyes, por lo que cualquier acusación carecía de fundamento. El sujeto se defendía, alegando que poseía uno de los mejores negocios de la ciudad —Kline sabía que esto era cierto—, y que no tenía necesidad alguna de mezclarse en asuntos turbios.

—Mis tiempos malos se fueron para siempre —había concluido Peters-Peterson enfáticamente sus declaraciones.

—Tus tiempos malos es posible que no hayan hecho más que empezar —rezongó Kline, mientras se dirigía a su coche, con el periódico doblado bajo el brazo.

Cuando se sentaba ante el volante, rememoró, sin saber por qué, la imagen de Elvira. ¡Qué diferente era, se dijo, de Petra McCabbs! Procuró borrar aquel hermoso rostro de su mente y pisó el acelerador.

CAPITULO IV

Era una casa pequeña, pero bien cuidada, rodeada por un jardín estallante de flores. Una valla circundaba todo el conjunto y lo único que Kline echó de menos fue la caseta para el perro. Pero, a lo mejor, a Raven no le gustaban los animales y sí las plantas y las flores.

Empujó la puertecita de la valla. En el interior de la casa sonó una campanilla. Kline ocultó una sonrisa. Raven era un hombre astuto y tenía un timbre conectado con aquella puerta de madera. Parecía lógico, conociendo sus habilidades con los explosivos. También aquí se necesitaban conocimientos sobre electricidad.

La puerta de la casa se abrió cuando ya llegaba. Un hombre bajito, con lentes de oro, de aspecto apacible, le miró con benigna expresión.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó Raven.

—Me llamo Armin Kline y desearía hablar con usted, señor Raven. Tengo una interesante proposición que hacerle y, estoy seguro, resultará altamente beneficiosa para usted.

—¿A qué se refiere, señor Kline?

—Poseo una cabaña en la Sierra —mintió el joven—. Está al pie de una ladera rocosa y hay unas cuantas piedras que amenazan desprenderse. Quisiera volarlas antes de que llegue la temporada de las lluvias.

Raven se apartó a un lado.

—Entre, por favor.

Kline cruzó el umbral Raven, apreció en el acto, era un hombre metódico. No había nada fuera de su sitio. Todo aparecía perfectamente ordenado, como si se tratase de una exposición de interiores de vivienda.

—De modo que quiere volar unas rocas —dijo Raven, después de haber cerrado la puerta.

—Sí, señor.

—¿Quién le ha hablado de mis habilidades con los explosivos?

—Salió en los periódicos, señor Raven.

El hombrecillo respingó.

—No he leído mi nombre —manifestó.

—Claro que no. En cambio, citaron el de un tal Theo Shardon, que fue destrozado por la explosión de una bomba que llevaba, sin saberlo, en una maleta,

—Ah, recuerdo el caso.. ¿Me permite un momento, por favor?

—Está en su casa.

Raven se acercó a una consola y destapó una botella. Estuvo así

unos instantes y luego, de súbito, se volvió hacia el visitante, con una pequeña pistola en la mano.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué ha venido a mi casa?

—Porque sé que usted fue el que puso la bomba en la maleta de Shardon —respondió Kline sin inmutarse.

La mano de Raven se elevó lentamente.

—Voy a matarle —anunció.

—¿Y después?

—Revolveré la casa. Destrozaré algunos objetos. Diré que sorprendí a un ladrón... y usted no podrá contradecirme.

Raven apretó el gatillo y Kline cayó de espaldas en el acto.

* * *

Durante unos segundos, sólo hubo silencio después del pequeño estampido de la pistolita, apenas mayor que una palmada. Raven sudaba copiosamente.

Al cabo de un rato, dejó la pistola sobre la consola y se sirvió una copa, que vació de un trago. Luego se acercó al teléfono y marcó un número.

—Oiga.... Ah, eres tú, Kit. Escucha... ¿Dónde está el jefe? Maldita sea, quería hablar con él... Ha venido un tipo a verme y he tenido que cargármelo... Sabía lo de la maleta con la bomba, ¿qué diablos podía hacer? No sé cómo demonios se ha enterado, pero el caso es que lo sabía... Kit, arréglatelas como puedas, pero tienes que sacarme de este lío... ¿Cómo? ¿Que antes tiene que saberlo el jefe? ¿Y dónde diablos está? No lo sabes... Bueno, si es a la noche... Procuraré esconder el fiambre hasta entonces... Está bien, adiós.

Con mano temblorosa, Raven dejó el teléfono en la horquilla y sacó un pañuelo para enjugarse el sudor. Luego se volvió.

Lanzo un chillido de pavor. En pie, junto a la consola, con un vaso en la mano, Kline sonreía apaciblemente. La pistola estaba en la otra mano.

—Llevo chaleco blindado —dijo el joven.

Los dientes de Raven entrechocaron ruidosamente. Kline vació el vaso y luego apuntó al sujeto con su propia pistola.

—¿Quién es Kit? —preguntó.

—Me... Meeker... Es todo lo que sé...

—¿Tiene un jefe? ¿Cómo se llama?

—Eso ya no lo sé... Meeker vino a verme y mencionó a su jefe, pero no quiso dar el nombre... Sólo me dio el teléfono...

—Le pagó bien por la bomba, ¿eh?

—Yo... yo sólo la monté y le enseñé cómo debía activarla cuando lo creyera preciso,.. Se lo juro, es la verdad...

Kline meditó unos instantes. Estaba seguro de que Raven sabía algo más de lo que daba a entender. Incluso lo había ocultado al tal Meeker, como medida de precaución, pero sabía que no podría forzarle, a menos que empezase a tratarle con mano dura. Y pese a todo, no tenía estómago suficiente para hacer una cosa semejante.

—Está bien —dijo—. Ya buscaré a Meeker. Ahora, acérquese, por favor, quiero decirle una cosa.

Raven dio unos pasos, irresoluto. Kline disparó súbitamente el puño derecho.

Luego, mientras contemplaba al hombrecillo caído en el suelo, se frotó pensativamente los nudillos.

—Quisiste matarme —gruñó.

Se frotó el pecho. La bala era de pequeño calibre, un «22», pero aun así, dolía el lugar del impacto. A tan corta distancia, si Raven hubiese empleado un «45», ahora no podría contarle. Claro que entonces habría actuado de otro modo y...

Sacudió la cabeza y empezó a registrar la casa en busca de pistas.

Media hora más tarde, encontró un mapa de la región, a escala 1:25000, en el que había un lugar señalado con un X mayúscula, dentro de un redondel, ambos signos trazados con un lápiz rojo. Lanzó una mirada oblicua a Raven, que ya empezaba a moverse. Luego, antes de que el sujeto se percatara de lo que hacía, dobló el mapa, se lo guardó en el bolsillo y salió de la casa.

* * *

Cuando llegó a su apartamento, se dio una ducha. Vestido solamente con una bata, se preparó algo de comer. Quería descansar y no tenía ganas de ir a un restaurante. Al terminar, sonó el teléfono.

Era Dexter,

—Creo que he averiguado algo que puede interesarle —dijo el detective,

—Hable, Phil —pidió Kline.

—Sorprendí una conversación de mi jefe. No pude escuchar todo lo que decía, pero apostaré algo bueno a que hablaba con el hombre de las «3 P». Puesto que mencionó también su nombre, deduje que tal vez... ¿Me entiende?

Le entiendo perfectamente, Phil. Gracias. Siga como hasta ahora.

Kline se pellizcó el labio inferior. ¿Era el hombre de las «3 P» el

jefe de Meeker?

Valdría la pena comprobarlo... pero en otro momento. Ahora tenía otra cosa más interesante que hacer.

Marcó un número de teléfono. La voz de Elvira sonó a poco en sus oídos.

—Soy Kline —dijo el joven—. Tengo una pista, señorita.

—¡Oh, es maravilloso! ¿Cree que...?

—No puedo asegurarle nada, señorita, aunque las probabilidades en nuestro favor son ciertamente muy elevadas.

—Eso significa que ha localizado el lugar donde está mi padre.

—Muy posiblemente, así es

—Señor Kline, ahora son casi las diez de la noche. ¿Piensa ir ahora?

—No, lo siento. Estoy muy fatigado. He tenido un día bastante agitado y necesito descansar. Mañana, a primera hora...

—¿Está muy lejos de la ciudad?

—Unas veinticinco millas, aproximadamente.

—Estaré a las siete de la mañana, en la puerta de su casa —declaró la joven.

—¡A las siete! —se espantó Kline.

—¿No le gusta madrugar?

Kline suspiró.

—Ahora soy su empleado —contestó.

—No me haga esperar —finalizó Elvira.

El teléfono volvió a la horquilla

—¡A las siete! —repitió Kline—. Tendré que acelerar durmiendo...

De repente, alguien le llamó y volvió a levantar el aparato.

—Kline —dijo de mal humor.

—Alegra esa cara, hombre —exclamó Petra al otro lado del hilo —. Tengo buenas noticias para ti.

—¿De veras?

—Soy un enemigo cortés, Armin. Duro, pero caballeroso, aunque sea mujer.

—Gracias, muñeca.

—¿Has oído hablar alguna vez de Stauton Farm?

Kline respiró.

—¿Cómo diablos sabes...?

Petra se echó a reír

—Tengo un buen servicio de espionaje, Pero parece que tú también lo sabías.

—Algo había oído, en efecto —contestó él cautamente.

—El señor Simmons Vega, padre de la hermosa Elvira, está en Stauton Farm. Lo que queda ya es cosa tuya, Armin.

—Petra, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, bonito. ¿De qué se trata?

—¿Cómo te has enterado de que Elvira...?

—Querido, tú no puedes dar un paso en la ciudad sin que yo lo sepa. Y como resulta que llegué a conocer al señor Simmons-Vega, me he figurado el resto, sobre todo, si una se pone a pensar en una maleta llena de billetes falsos.

—Deduces mejor que Sherlock Holmes.

—Soy mejor que él, en todos los sentidos —contestó Petra orgullosamente.

—Cierto. Yo no me iría a la cama con Holmes.

—Tampoco te irás más a la cama conmigo, especie de cerdo bípedo.

—Lo siento, nena; ya conoces mi modo de pensar.

—Bien, entonces, cástate con Elvira. Es la clase de mujer a la que le gustará criar media docena de chiquillos. Se sentirá muy feliz, tanto como una clueca con sus polluelos.

—Elvira tiene sangre azul. Ni siquiera se le ocurrirá mirar a un sujeto de mi especie, mestizo de cien razas diferentes.

—Ella también lo es, hija de hispanos y anglos.

—Entre mis antepasados hay un chino, el tatarabuelo Li Wong Hu, un irlandés, un indio chinook, un ballenero de Maine, un...

—Basta, no sigas, tengo trabajo. Adiós, Armin, y buena suerte.

—¡Espera! —gritó el joven—. Quiero hacerte una pregunta más.

—Despacha pronto —pidió Petra con impaciencia.

—¿Conoces a Kit Meeker? Y si es así, ¿para quién trabaja?

—Zoquete, eso es tan estúpido como preguntarle a un profesor de Historia quién descubrió América. ¡El hombre de las «3 P», animal!

Kline oyó aquellas palabras y se quedó estupefacto. Antes de que pudiera reaccionar, Petra ya había colgado el teléfono.

Entró en el coche, dio los buenos días a la joven y ahogó un bostezo. Elvira le miró casi burlonamente.

—Parece que tiene sueño —dijo.

—No suelo levantarme tan pronto —contestó Kline.

—Es perezoso.

—Me gusta serlo cuando puedo, pero en los momentos precisos, me convierto en un torrente de actividad. ¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Simmons-Vega?

—Hágala —contestó ella.

—Usted habló de una situación económica más bien modesta. No mencionaré su casa, porque debería tener una docena de criados y sólo cuenta con Manolita. Además, ya no les deben de quedar ni media hectárea de tierras...

—Sólo unas ochocientas, señor Kline.

—Vaya, pues no está tan mal —comentó él.

—Sin embargo, su situación no es demasiado favorable. Además, son terrenos baldíos... Pero creo que iba a hacerme una pregunta.

—Sí. Puesto que su situación no es demasiado boyante, ¿de dónde ha sacado este «Mercedes» último modelo?

—La última exposición de papá resultó un éxito en todos los sentidos.

—Oh, entiendo. Papá le regaló el cochecito.

—Así fue. ¿Satisfecho?

—Todavía no. ¿Qué hace usted?

—Le ayudo. Soy su colaboradora. Su representante, relaciones públicas y demás. ¿Se han acabado las preguntas?

—Salga por la primera desviación al Norte —indicó Kline—. ¿También es artista?

—No lo hago del todo mal, pero me falta la chispa de la inspiración que convierte a una persona de un buen artesano en un genio.

—Me gusta su modestia, señorita Elvira. Un día me tiene que llevar a ver sus tierras. Conozco a un agente que sería capaz de vender el solar en que se levanta el palacio municipal, si fuese un desaprensivo. A menos que quieran seguir conservando las tierras que fueron un día propiedad de Fran cisco Vega.

—Somos realistas, señor Kline. Si la oferta es buena, venderemos. La casa, no, por supuesto. Tendríamos que vernos muy mal y ésa no es, por fortuna, nuestra situación.

—Hablaemos del asunto —contestó él—. Tiene que seguir veinte kilómetros por la carretera que le he señalado. Cuando llegue al cruce de caminos, avíseme.

Kline se arrellenó en el asiento, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Le pareció que había pasado un minuto, cuando notó que Elvira le tocaba en el codo.

—Estamos en el cruce —dijo ella.

Kline se irguió. Examinó un momento el paisaje y luego tendió la mano.

—Por ahí. Dos kilómetros más y luego a la izquierda. Hay un camino privado y lo seguiremos hasta el objetivo.

—Si es privado, deje que yo me ocupe del asunto. ¿Eh?

Ella asintió y continuó la marcha. Abundaba la vegetación, pero la zona estaba completamente deshabitada. Kline pensó que era el lugar ideal para un secuestro prolongado, como el que estaban sometiendo al padre de la muchacha.

Encontraron el otro camino poco después. Era de tierra y el piso tenía muchos baches. Elvira tuvo que reducir la marcha considerablemente. Al fin, desembocaron en un claro, en el que se divisaban una serie de edificios, cuyo aspecto indicaba claramente el objeto a que se destinaban.

Sin embargo, flotaba algo en el ambiente que les causó una singular extrañeza. Era una granja, pero no se veía un solo animal. Además, el estado de los edificios dejaba mucho que desear.

Ni siquiera había perros, cuyos ladridos deberían haberse oído de inmediato. Elvira se sintió desconcertada.

—¡No hay nadie! —exclamó.

—La granja está abandonada, pero puede que ellos estén dentro —manifestó Kline—. Bien, a mí no me conocen y a usted sí. Quédese aquí, ya la llamaré si es necesario.

—Tengo un revólver...

—No me gustan las armas.

Kline se apeó y fue directo a la casa que había servido de vivienda. Los cristales estaban llenos de polvo, lo que le indicó que hacía mucho que nadie vivía allí. Golpeó la puerta con los nudillos y vio que se abría por sí sola. Puesto que la cerradura aparecía en buenas condiciones, pensó que si alguien había estado allí recientemente, debía de haber escapado con mucha rapidez, sin molestarse siquiera en dar vuelta a la llave.

El suelo, sin embargo, estaba bastante limpio, aunque también se notaban señales de descuido. Tras unos segundos de indecisión, empezó a recorrer la casa.

Elvira le vio desaparecer y se sintió muy nerviosa. Diez minutos más tarde, volvió a verle de nuevo. Kline lanzó un grito que le hizo perder las esperanzas que había concebido:

—¡No hay nadie!

Elvira se acercó lentamente a la casa. Kline había encendido un cigarrillo y la miraba con ojos críticos. Ella procuró mantenerse serena.

—¿Seguro que no hay nadie? —preguntó.

—En absoluto. Quizá la indicación del mapa de Raven se refería a otra cosa, pero...

—¿Hay algún garaje? Si es así, podrán apreciarse señales de coches que se hayan guardado recientemente.

—Vaya, es más lista de lo que parece —se sorprendió él.

—Usted piensa que soy una mujer guapa, pero tonta, ¿verdad?

—Bueno, la mente, muchas veces, tiene la rienda suelta...

Ella levantó la barbilla y empezó a contornear la casa. A poca distancia, se veía un edificio de estructuras bastante sencillas, con una gran puerta de dos hojas de madera. La puerta era muy vieja, pero estaba cerrada con llave.

—Este debe de ser el garaje —opinó.

Tanteó la puerta y como vio que no podía hablarla, buscó algo para romper la cerradura. Encontró un ladrillo y golpeó hasta tener el paso libre.

Kline la contemplaba con la sonrisa en los labios. Elvira se volvió, irritada.

—No se quede ahí con las manos en los bolsillos —le apostrofó—. Está acostumbrado a observar; venga a ver lo que hay aquí adentro.

El garaje estaba completamente vacío, aunque quedaban rastros de los vehículos que habían sido utilizados: piezas mohosas, un par de neumáticos viejos... De pronto, Kline vio algo en el suelo, se agachó y pasó el índice por aquella mancha oscura y brillante.

—Aceite de motor —dijo.

—Parece fresco —observó ella—. Eso significaría que alguien ha estado aquí no hace mucho.

—Probablemente, estaba todavía a la madrugada —murmuró él—. Esa mancha no se produjo ayer, precisamente.

Incorporándose, miró alrededor. Al fondo del garaje vio una estantería destinada a guardar herramientas y otros objetos. La estantería se hallaba separada de la pared un par de palmos, por uno de sus lados, de modo que formaba ángulo.

Kline se acercó al borde separado y asomó la cabeza por aquel lado. Inmediatamente, agitó una mano.

—Venga —llamó—. Creo que hemos encontrado algo interesante.

Apartó la estantería y se encontró con la sorpresa de que estaba sobre ruedas. Elvira lanzó una exclamación al ver la puerta que había en aquella pared.

—Debería dar al campo —se extrañó.

—Es un muro doble. El hueco no tiene puerta; era la estantería —contestó él—. Y así, como verá, se puede usar fácilmente la escalera que conduce al sótano.

—¿Hay luz?

Kline vio un interruptor y lo bajó, pero no se encendió ninguna lámpara.

—La granja debe tener un generador en alguna parte, pero ahora está parado —supuso él.

—Tengo una linterna en el coche...

—No hará falta.

Kline había visto una vieja lámpara de petróleo en la estantería. Había combustible en el depósito y, después de graduar la mecha, acercó la llama de su encendedor. Inmediatamente, iniciaron el descenso.

Debajo del garaje había un sótano de grandes dimensiones, pero estaba absolutamente vacío. Kline pudo comprobar minutos más tarde que no había allí el menor indicio que pudiera darles una pista acerca del secuestrado.

—El sótano está vacío —dijo Elvira—. ¿Para qué lo querían si no guardaban nada?

Kline no contestó. Estaba acucillado en el suelo, contemplando una manchita redonda, de no más de dos centímetros de diámetro. De pronto, paseó el índice y se examinó la yema del dedo.

—Su padre estuvo aquí —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó ella ansiosamente.

Kline le enseñó el dedo manchado de negro.

—Tinta de imprenta.

Elvira se puso una mano en la boca. Kline añadió:

—Han escapado de aquí. Tal vez se enteraron de alguna forma que íbamos a venir y levantaron el vuelo. Limpiaron todo muy bien, sin dejar el menor rastro, pero olvidaron esta mancha.

—De modo que tenían aquí la imprenta.

—He visto arriba una habitación especialmente limpia. Supongo que sería el taller donde su padre hacía los grabados. Aquí imprimían los billetes, pero se consideraron en peligro y escaparon con todo el material. Y con su padre también, claro.

—Pero... ¿por qué llevárselo? ¿No les había grabado ya los

billetes, que era lo que buscaban?

Kline movió la cabeza, a la vez que se limpiaba el dedo con un pañuelo.

—Sospecho que ellos se han dado cuenta también de que los billetes eran falsos. Pero, además, pienso otra cosa y no es buena.

—¿Qué, Armin?

—Su padre, se imaginó, también ha debido de advertirlo, Aparte, de que está trabajando en algo que no le gusta, sabe que, cuando haya terminado la tarea, su vida no valdrá lo que vale uno de esos billetes falsos. Naturalmente, quiere prolongar la cosa todo lo posible, al objeto de dar tiempo a su rescate.

—Dios mío, nunca me hubiera imaginado... Papá daba siempre a entender que todo saldría bien...

Kline rió agriamente.

—Claro, no le iba a decir que tenía el pescuezo bajo la guillotina, porque siempre había un tipo al lado, cada vez que hablaba por teléfono. Pero no se crea que si termina el trabajo, esos tipos le van a dejar marcharse de rositas.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella con vehemencia—. ¿No se le ocurre nada?

Kline se inclinó y recobró el farol.

—Lo primero que debemos hacer es salir de aquí —contestó—. Luego, cuando volvamos a casa, usted llamará a cierta persona que yo le indicaré. Quiero que examinen su casa, porque es muy posible que tenga el teléfono intervenido o tal vez micrófonos ocultos. ¿Lo comprende ahora?

—Eso quiere decir que escaparon, porque me oyeron hablar con usted.

—Seguramente.

—Entonces, si hubiésemos venido anoche, habríamos encontrado a mi padre..

Kline no contestó.

Elvira tenía razón. Pero tal vez la llegada no habría sido recibida con alegría precisamente. Los secuestradores eran gente dispuesta a todo y habrían usado las armas de fuego con prodigalidad.

—Salgamos —dijo al cabo.

Volvieron al garaje. Kline respiró a pleno pulmón al hallarse al aire libre. Pero apenas había dado un paso fuera del edificio, oyó un disparo y sintió el chasquido de la bala al estrellarse junto al marco de la puerta.

Retrocedió de un salto y extendió el brazo.

—¡Atrás, atrás! —gritó.

Elvira trastabilló y estuvo a punto de caer. El disparo se repitió. Esta vez, la bala perforó la madera de la puerta. Kline percibió la violencia del impacto.

—El tipo usa un rifle de gran potencia —dijo—. Está a unos cien pasos y no hay ni que soñar en desalojarse de su posición.

—Tengo mi revólver...

—Tanto daría tirarle piedrecitas. Necesitaríamos un cañón. Pero si pudiera sorprenderle por la retaguardia...

—Tendría que salir por la puerta. El le cazaría fácilmente.

Kline asintió, mientras miraba a su alrededor. De pronto, vio una escalera adosada a la pared, que terminaba en una trampilla situada en el techo.

—Quédese aquí —ordenó.

Sonó otro disparo. La bala aulló al rebotar en el suelo de cemento.

—No se asome —dijo Kline, a la vez que iniciaba la ascensión.

Llegó a la trampilla y empujó hacia arriba. El hueco daba a un desván cubierto de polvo. Quizá, antiguamente, se había utilizado para guardar balas de paja, como daba a entender la puerta de pequeñas dimensiones situada al fondo.

Estaba en el lado opuesto al lugar de donde llegaban los tiros y la abrió de una patada. La distancia al suelo era de unos cuatro metros, que salvó sin dificultades, descolgándose con las manos. Luego echó a correr, procurando en todo momento mantenerse a cubierto de la vista del emboscado.

El rifle seguía haciendo fuego intermitentemente, lo que le dijo que el tirador no había divisado. Alcanzó otro edificio y luego, protegido por un seto, empezó a dar un gran rodeo.

Poco a poco, fue avanzando hacia el sujeto. Diez minutos más tarde, lo vio detrás de un árbol, con el fusil en las manos. Un poco más allá, estaba el coche en que había llegado.

Sin hacer el menor ruido, se acercó al individuo. Súbitamente, éste pareció sentir un peligro y se revolvió velozmente. Kline apenas si tuvo tiempo de levantar el cañón del arma, justo cuando salía el tiro.

Sujetando el fusil con una mano, disparó la otra al estómago de su contrincante. En el mismo momento, sintió un terrible dolor en la ingle.

El otro le había propinado un tremendo rodillazo. Kline se sintió caer, pero, desesperadamente, se agarró al cañón del arma con las dos manos, sabiendo que si cedía, era hombre muerto. En

aquel instante, el asesino, lanzó una exclamación de sorpresa.

Kline oyó una detonación, se dio cuenta de que el disparo no había salido del rifle que sujetaba. Sonó otro estampido.

El sujeto soltó su arma y, dando media vuelta, echó a correr. Kline, arrodillado, vio estupefacto a Elvira que corría hacia allí, con su revólver en la mano, disparándolo con más ruido que puntería.

Pero era suficiente para asustar al asesino, que no había contado con una reacción semejante. El sujeto alcanzó su coche, dio el contacto y arrancó a toda velocidad. Las ruedas traseras despidieron enormes chorros de polvo al girar enloquecidamente,

Elvira se detuvo y, sujetando el revólver con las dos manos, apretó el gatillo, pero no consiguió el menor resultado. Desalentada, bajó el arma y miró al joven.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Tengo las tripas convertidas en picadillo —se quejó Kline, aún de rodillas y con las manos en el lugar afectado por el golpe—. El tipo me arreó bien.

—Lo siento. No tengo puntería...

Kline lanzó una ojeada al arma.

—Es de poco alcance —calificó.

—Si hubiera estado más cerca...

—Tal vez, pero no ha sido así y el tipo ha escapado.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Desde allí, podían ver el coche que corría a toda velocidad. Ahora desaparecería tras una curva...

En el mismo instante, un pesado camión de transporte apareció en la curva. El asesino no tuvo tiempo de desviarse.

Elvira chilló al ver el automóvil que se estrellaba contra el morro del camión. Toda la puerta del motor y más de la mitad del habitáculo desaparecieron bajo el vehículo pesado, que siguió su camino durante unos segundos, arrastrando al coche como si fuese una pluma, hasta que su conductor pudo dominarlo y detenerlo en el camino.

El ruido del choque llegó, estremecedor, quebrando el relativo silencio del ambiente. Kline pudo ver unas llamas que surgían del automóvil y también divisó los desesperados esfuerzos que hacía el conductor del camión para retroceder y escapar al incendio que se iba a producir inmediatamente.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Elvira, voy a ver...

—Yo no podría —dijo ella—. Me da miedo sólo de pensar en lo que hay dentro de ese coche.

—A mí, en cambio, me interesa muchísimo. Aguárdeme en su coche... pero esconda este rifle.

Le entregó el arma y echó a correr a campo traviesa. El automóvil del asesino se incendió súbitamente.

—Usted ha tenido que verlo —le dijo el conductor del camión poco después—. Ese loco se me echó encima...

—Así lo declararé, amigo —contestó Kline. Le extrañó ver que el chófer iba acompañado por otro hombre—. ¿Adónde se dirigían ustedes? —quiso saber.

—Tenemos que recoger un generador que hay en esa granja. Nos avisaron anoche, muy tarde ya...

Kline estudió las inscripciones que había en el costado del camión y anotó el dato mentalmente.

—Es decir, alquilaron el generador a su compañía.

—Sí, con opción a comprarlo, si les convenía, pero parece que no fue así y nos enviaron a recogerlo. Dios, no sé qué diablos podía hacer ese tipo por aquí...

Kline dio una palmadita afectuosa en el hombro del camionero.

—No se preocupe, usted no es culpable de nada —aseguró.

Olía horriblemente, a gasolina, gomas y carne quemadas. Torció el gesto y regresó junto a la muchacha.

—Tendremos que esperar a que llegue la policía de tráfico —dijo—. No mencione para nada el tiroteo.

—Nos preguntarán qué hacíamos aquí —dijo Elvira.

—Usted quería comprar la granja y yo la acompañé, como amigo suyo que soy.

Los ojos de la joven chispearon.

—Es un buen pretexto —convino.

Luego se puso seria.

—Pero, ¿dónde estará mi padre?

—Cada vez nos acercamos más a su escondite —le animó él—. He obtenido un dato muy importante y eso sin proponérmelo. Quizá a la noche tenga una respuesta que darle.

—¿De veras. Armin?

Kline sonrió.

—Casi seguro. Elvira —repuso.

* * *

Eran las tres de la tarde cuando llegaron a la ciudad. Elvira regresó a su casa. Kline decidió no perder tiempo y, como había dejado el coche en su casa, tomó un taxi que le llevó en un cuarto de hora al objetivo deseado.

Estaba en las afueras y había un enorme patio, con máquinas de

todas clases. El rótulo de la entrada figuraba el nombre de la compañía, que se dedicaba a la venta y alquiler de maquinaria para la construcción especialmente. Kline preguntó a un operario por las oficinas y el hombre le señaló un edificio aislado.

—En el primer piso —añadió.

—Gracias.

Para llegar a las oficinas, era preciso utilizar una escalera en voladizo, que terminaba en un balcón corrido que daba la vuelta a todo el edificio. Kline llegó ante la puerta de cristales y tocó con los nudillos.

Una mujer, joven, bien parecida, hizo gestos con la mano. Kline empujó un poco.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué máquina desea comprar? ¿O prefiere alquilarla, señor?

Y entonces, supo que Peters-Peterson estaba relacionado con el secuestro del padre de Elvira.

Avanzó hacia la puerta y el cancerbero le saludó cortésmente. Una vez en el local, se enfrentó con un hermoso ejemplar de camarera, cuya vestimenta consistía solamente en un triángulo de plata, sujeto a las caderas por un delgadísimo hilo del mismo tejido.

Todas las camareras tenían la misma indumentaria, pero aquélla, además, usaba cuello alto, con lazo de pajarita de color negro. El efecto resultaba chocante, pero Kline comprendió la diferencia al oírla hablar:

—Soy Donna, el «maître» —se presentó ella—. ¿Desea una mesa, caballero?

Kline la contempló unos segundos.

—Estoy citado con el señor Peters-Peterson —respondió al cabo—. La mesa, otro día, en otro sitio y con usted, Donna.

Ella sonrió levemente.

—No acepto citas de desconocidos, señor —contestó—. Acompañeme, se lo ruego.

Donna le condujo hasta una puerta lateral, que abrió con la mano izquierda.

—Siga hasta el fondo. Dígame lo mismo a Eddie, el hombre que guarda la entrada.

—¿Eddie McVane?

—Sí, señor. ¿Lo conoce usted?

—Somos viejos amigos —mintió Kline con todo descaro.

El pasillo estaba forrado de tela roja y la iluminación era más bien escasa. Kline avanzó resueltamente hacia el sujeto que, sentado en una silla, parecía muy entretenido con los grabados de una revista.

Arrojó una mirada a la revista.

—Eddie, con las chicas tan guapas que hay ahí afuera, ¿cómo puedes entretenerte mirando estas guarradas?

McVane, sobresaltado, levantó la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Kline estudió unos instantes a la mujer. Debía de tener unos treinta y dos años y era guapa, de senos opulentos y rotundas caderas. Miró sus manos, no había anillo de matrimonio, aunque sí una sortija con una piedra de valor.

—Si pudiera, la compraría a usted, mejor que alquilarla —contestó desenvueltamente.

—No soy ninguna máquina —dijo ella riendo—. Además, el amor mecánico es desagradable.

—No veo que sea usted una muñeca hinchable. Me llamo Armin Kline.

—Elsie Bernson —contestó la mujer—. Entre y hable, señor Kline.

—Si no está casada, llámeme Armin. ¿Tiene algún compromiso para mañana por la noche?

Elsie entornó los ojos.

—¿Ha venido por asuntos de negocios o le gusta divertirse?

—Todo es compatible, Elsie. ¿Es usted la secretaria?

Ella sonrió indefiniblemente.

—Algo mejor —contestó.

—La encargada.

—Frío, frío...

Kline abrió unos ojos como platos.

—No me diga que...

—Sí, soy yo. En el rótulo de la puerta figura Bernson & Co. La compañía es mi hermana, pero no trabaja aquí. Sólo figura en la empresa a efectos fiscales.

—Comprendió. Así, pues, el apellido es Bernson.

—Desde que nací.

—¿Es posible? Y, ¿no se ha casado nunca?

—Dos veces. Dos fracasos, Armin.

—Lo siento, Elsie.

—También la mujer es un animal que tropieza dos veces en la misma piedra —contestó ella riendo.

De súbito, se levantó, salió de la oficina, corrió al balcón y empezó a gritar a voz en cuello, apostrofando a un par de operarios que manejaban una excavadora gigantesca, Kline la oyó decirles toda clase de lindezas y, estupefacto, vio que los hombres aceptaban calladamente el rapapolvo.

Elsie regresó a la oficina.

—Perdone, pero este negocio se iría al cuerno si una no lo vigilase

adecuadamente. Tengo invertidos seiscientos mil dólares en máquinas de todas clases y algunos de mis empleados merecerían tirar de un arado, mejor que llamarse mecánicos. ¿De qué hablábamos, Armin?

—De sus dos tropezones matrimoniales —sonrió él.

Elsie estaba aún muy agitada y sus pechos subían y bajaban rápidamente. Se alisó la falda con las manos y luego buscó la cafetera.

—¿Café, Armin?

—Sí, gracias. Tengo que preguntarle una cosa, Elsie.

—Adelante. ¿De qué se trata?

—Dos de sus empleados iban esta mañana a recoger un generador alquilado.

—Ah, los que tuvieron el accidente... Menuda complicación; un tipo que iba como loco y se metió bajo el camión... Menos mal que había un testigo que los ha librado de todo compromiso.

—Yo soy el testigo, Elsie —dijo Kline, a la vez que tomaba el vaso lleno de líquido humeante.

—¿Tú? —se asombró ella.

—Seguramente, el conductor no te dio mi nombre, pero puedes preguntárselo cuando quieras. También lo di a los policías...

—Te lo agradezco. Armin. Me gustaría pagarte el favor —sonrió Elsie.

—Claro. Dime quién te alquiló el generador que tus empleados iban a recoger esta mañana. Eso es todo lo que quiero.

—Desde luego.

Elsie dejó el vaso a un lado y fue hacia un fichero, que examinó rápidamente. Momentos después, se volvía con una cartulina en la mano:

—Eddie McVane, Avenida Campbell, cinco mil doscientos noventa —dijo.

Kline anotó el nombre.

—Has dicho que me invitabas a cenar mañana por la noche, Armin.

—Mantengo la invitación, Elsie.

—Mejor en mi casa, ¿no crees?

—Si me dices dónde vives...

—Aquí mismo. Toca el timbre tres veces. No se te ocurra entrar; tengo tres Doberman que son verdaderas fieras. Ellos me protegen el negocio por la noche mejor que un guardia.

—Estaré aquí a las ocho —prometió él.

Fue hacia la puerta y se dispuso a salir, pero se volvió.

—Antes dije «eso es todo lo que quiero» No es cierto, Elsie.

—O.K., Armin

Cuando bajaba por la escalera, oyó la voz de Elsie, que abroncaba ruidosamente a un mecánico. Mientras cruzaba el recinto, pensó que los dos divorcios de la mujer eran algo completamente lógico. —Con ese genio infernal, no hay quien aguante más de dos semanas —murmuró.

Pero su estancia junto a Elsie no duraría tanto tiempo, pensó.

* * *

A las nueve de la noche, descansado, con ropas limpias y después de un baño reconfortante y una cena reparadora de las energías perdidas, se detuvo ante el número 5.290 de la Avenida Campbell.

Durante unos momentos, permaneció con la boca abierta, casi incapaz de creer en lo que estaba viendo. La fachada del edificio estaba brillantemente iluminada y a ambos lados de la entrada, guardada por un imponente portero de espectacular uniforme, había grandes carteles anunciando las atracciones de la noche.

Sobre el dintel, había un número y una letra gigantescos, que cambiaban de color a cada momento: «3 P». Kline conocía el origen de un título tan singular.

El dueño se llamaba, extrañamente, Peter Peters-Peterson. Todo el mundo encontraba lógico el nombre del loca!.

—Fu Manchú, de incógnito.

—Lárguese —dijo McVane sin moverse de su postura.

—Fu Manchú era un sujeto que empleaba muchos trucos para abrir las puertas cerradas —dijo Kline sin inmutarse.

—¿Ah, sí? Y, ¿qué truco piensa emplear para abrir la que tengo al lado?

—Ahora mismo lo verá, Eddie.

Kline disparó el pie derecho y golpeó la rodilla del sujeto. McVane lanzó un aullido y, poniéndose en pie, empezó a dar saltos a la pata coja, agarrándose la rodilla lisiada con ambas manos. Kline lo agarró por ambas orejas, tiró de él, se apartó a un lado y McVane salió disparado, para derrumbarse unos pasos más allá. Luego, tranquilamente, hizo girar el picaporte y cruzó el umbral.

CAPITULO VII

El dueño del «3 P» estaba sentado tras su mesa, hojeando unos documentos, y levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta. Era un hombre vestido elegantemente, con una flor roja en el ojal de su impecable chaqueta. Aparentaba unos cincuenta años y era evidente que cuidaba mucho de su peso, mediante un severo régimen alimenticio que, sin embargo, no siempre producía los frutos apetecidos.

Tenía el pelo muy abundante, crespó, de color rojizo oscuro, pero no llevaba melena. Kline avanzó unos pasos.

—Oiga, ¿quién le ha dado permiso para entrar aquí? —preguntó Peters-Peterson hostilmente.

—Me llamo Armin Kline —contestó el joven—. He venido para que me diga dónde está Brett Simmons-Vega.

—No conozco a ese caballero...

—Hattoo Raven habló con Kit Meeker y Meeker trabaja para usted. Raven fue el «fabricante» de la bomba que Meeker puso en el maletín de Shardon, repleto de billetes de cien falsos. He encontrado el lugar donde se grabaron e imprimieron esos billetes y sé que el señor Simmons-Vega estuvo allí.

Peters-Peterson no se inmutó. Entrelazó los dedos, apoyó los codos en la mesa y sonrió.

—Cuénteme otra historia más divertida—pidió.

—Por supuesto. El lugar a que me refiero es Staunton Farm, una granja abandonada, que no dispone de energía eléctrica, por lo que se necesitó alquilar un generador eléctrico a la compañía Bernson. El tipo que se encargó de los trámites y de pagar el importe correspondiente, además de firmar los documentos necesarios, se llama Eddie McVane.

Peters-Peterson se puso rígido.

—¿Cómo lo ha averiguado? —preguntó.

—A veces, soy un buen sabueso y olfateo la presa rápidamente.

—Pero también los sabuesos pueden perder el olfato.

—Esta vez, no.

—¿De veras?

Peters-Peterson parecía muy tranquilo. Kline intuyó repentinamente la inminencia de un peligro, pero empezó a reaccionar demasiado tarde.

En medio de un horrible dolor en la nuca, empezó a doblar las rodillas y acabó tendiéndose en la alfombra. Durante unos segundos, no vio nada más que millones de lucecitas de todos los colores. Sentía que le habían abandonado las fuerzas y, aunque no

había perdido el conocimiento, se daba claramente cuenta de que estaba tan indefenso como un recién nacido. De pronto lo vio todo negro, aunque, por fortuna, el desmayo duró sólo unos instantes.

—Has llegado muy a tiempo, Kit —dijo el dueño del local—. Pero, ¿qué diablos hace ese imbécil de McVane?

—Está ahí afuera, frotándose la rodilla... Este bastardo por poco se la parte de una patada.

—Merecería que le cortasen la pierna —gruñó Peters-Peterson—. Es Kline, ¿lo sabías?

—¡Vaya! —resopló Meeker—. Está metiendo la nariz más de lo conveniente...

—Se la cortaremos, no te preocupes. Aguarda un momento.

Oleadas de dolor iban y venían en el interior del cráneo de Kline, quien aún no era capaz de mover un solo dedo. A pesar de todo, podía oír y se percató de que Peters-Peterson iba a usar el teléfono.

—Hola —dijo el sujeto—. Sí, soy Peter... Escucha, tenemos aquí a un entrometido llamado Kline... Ya, ya sé que lo conoces, pero sabe demasiado. ¡No me chilles, idiota! Voy a deshacerme de él, ¿me entiendes? Eso es todo, adiós.

El teléfono se estrelló violentamente contra la horquilla. Peters Peterson miró a su acólito.

—Busca a alguien que te acompañe, sácalo de la ciudad y arrójalo a las aguas de Hell's Swamp. Con una buena piedra atada a los pies, ¿entendido?

—De acuerdo —contestó Meeker—. Eddie está inútil, así que le diré a Gus Lloyd que venga conmigo.

—El que sea, pero hazlo hoy mismo.

—Descuide, jefe.

—Sacadlo por la puerta trasera. Procura que crean que está borracho.

—Claro —rió Meeker—. Borracho perdido.

Meeker salió para volver momentos después con otro individuo. Kline se sintió levantado en vilo. Trató de forcejear, pero alguien le dio un puñetazo en la sien y esta vez perdió el conocimiento por completo.

* * *

Cuando despertó, se notó a bordo de un coche que rodaba a gran velocidad. Un oscuro instinto le hizo saber que debía continuar

simulando que aún estaba desmayado, pero, a pesar de todo, no pudo evitar un movimiento y alguien lo advirtió.

La fría boca de una pistola se apoyó en su mejilla.

—No te muevas o te abraso —dijo el sujeto.

Debía de ser Gus Lloyd, pensó Kline. La voz era distinta de la de Meeker, chirriante, desagradable. Inhaló aire y procuró relajarse.

Abrió un ojo. No podía ver nada, porque estaba medio tendido en el asiento posterior. La pistola seguía apuntándole. Se estremeció al ver el cañón a cinco centímetros de su ojo derecho.

Transcurrió una larga media hora. De pronto, habló Meeker:

—Estamos llegando —anunció—, ¿Has sujetado bien la piedra?

—Descuida, no se la soltaría en todos los arios de su vida —rió el otro.

Kline se estremeció. Hell's Swamp era una zona pantanosa, con aguas muy profundas en algunos lugares y arenas movedizas en otras. Su cuerpo desaparecería allí y jamás sería hallado.

Movió las piernas ligeramente. Tenía los tobillos ligados. El otro extremo de la cuerda iba a parar a un grueso pedrusco.

Tanteó discretamente. De sus tobillos a la piedra había algo más de dos metros de cuerda. La piedra, calculó, pesaría unos quince o veinte kilos, suficiente para arrastrarle al cenagoso fondo del pantano.

El coche empezó a frenar.

—¿Puedo sentarme? —consultó Kline.

—No hay inconveniente. Pronto estarás mejor todavía —dijo Lloyd, riendo desaforadamente.

Kline procuró acomodarse en el asiento. El automóvil rodaba muy despacio ahora, evidentemente porque el conductor no quería meter las ruedas en algún lugar donde pudiera atascarse. Al cabo de unos minutos, Meeker frenó del todo.

Lloyd se apeó y abrió la portezuela trasera.

—Vamos, te voy a sacar...

La piedra voló por los aires y se estrelló contra su rostro. Lloyd emitió un rugido inhumano, retrocedió, levantó la mano derecha, apretó el gatillo estérilmente y cayó de espaldas.

Meeker lanzó una imprecación. Sin soltar el pedrusco, porque, de otro modo no habría podido moverse, Kline se arrojó fuera del coche. Cayó al suelo, alargó la mano, agarró la pistola y se volvió velozmente.

Los faros alumbraban la escena siniestramente. Meeker estaba al otro lado del vehículo y se empinó de puntillas para disparar contra el joven, por encima del motor. Tenía que darse prisa y perdería demasiado tiempo si rodeaba el vehículo. Pero, aun así, actuó demasiado tarde.

Kline disparó, sujetando el arma con las dos manos. Era una pesada automática, calibre 45, y el poderoso proyectil alcanzó a Meeker en el centro del pecho, haciéndole dar un salto hacia atrás de más de dos metros de longitud. Al caer, desapareció súbitamente, como si hubiera allí el escotillón de un teatro.

Kline se quedó estupefacto, pero tuvo la explicación en el acto, cuando oyó un ruido inconfundible de chapoteo. Meeker ni siquiera gritó al hundirse en el pantano.

Transcurrieron unos segundos. Kline se volvió hacia Gus Lloyd, quien continuaba inconsciente en el suelo, con la cara completamente ensangrentada. Respiraba con cierta dificultad y el joven comprendió que podía ahogarse en su propia sangre, por lo que le dio la vuelta y apreció que el ritmo respiratorio del hampón mejoraba de inmediato.

A Lloyd no le podía preguntar nada; lo más posible es que ignorase ciertos asuntos de envergadura. Además, debía de tener la boca destrozada y le costaría mucho volver a hablar. Pero tampoco se iba a quedar allí, esperando a que se recobrase.

El sujeto llevaba una navaja en el bolsillo, con la que cortó sus ligaduras. al ponerse en pie, arrojó la pistola al pantano. Luego fue al coche, lo puso en marcha y retrocedió muy lentamente, para evitar un accidente que en nada habría mejorado su situación.

Finalmente, encontró terreno más seguro y pudo dar la vuelta. Sin perder un segundo más, buscó la salida de aquel lugar infernal y emprendió el regreso a la ciudad.

Se había salvado por milagro y había pasado un miedo espantoso, pero, se dijo, un día u otro haría pagar caro a Peters Petersen el susto que se había llevado.

* * *

Elvira le llamó al día siguiente, cuando apenas acababa de desayunar.

—Su amigo estuvo aquí. Encontró unos cuantos micrófonos, uno de ellos situado en las inmediaciones del teléfono —dijo la joven.

Lo que me figuraba. No quisieron correr riesgo, tomando una derivación del teléfono, porque usted podría haberlo notado —contestó Kline—. El otro sistema es mucho mejor.

—Pero no comprendo... ¿Cómo pudieron ponerlos...?

—Supongo que usted confía absolutamente, en Manolita.

—Oh, sí, lleva casi cuarenta años en la casa. No nos traicionaría por nada del mundo, Armin.

—Pero, en algún momento, las dos mujeres habrán salido simultáneamente., ¿no es verdad?

—Sí, hace unos diez días. Yo tuve que hacer unas compras de ropa personal y Manolita fue al supermercado.

—¿Tiene usted otro coche para la sirvienta?

—Oh, no —rió Elvira—. Manolita usa un ciclomotor y se trae lo más imprescindible. El resto lo envía el dueño del supermercado, viejo amigo nuestro.

—Entiendo. Bien, ahora yo tengo que contarle muchas cosas, pero me gustaría mejor hablar cara a cara. ¿Le parece que nos encontremos a la hora del almuerzo?

—Sí, dígame dónde y acudiré puntualmente.

Kline le indicó el lugar. Cuando ya se iban a despedir, Elvira le formuló una objeción.

—Armin, hemos inutilizado los micrófonos, pero ellos lo notarán y harán algo. Si pudiéramos evitar que se diesen cuenta...

—Pensaré en algo, no se preocupe. Hasta luego.

Phil Dexter le llamó poco más tarde.

—Ocurren cosas raras en el «3 P» —dijo—. He apreciado bastante jaleo y hasta he visto al doctor Weats. Por si no lo sabía, le diré que ese médico cura heridas de bala y no informa a la policía.

Kline soltó una risita,

—Seguramente, le estará recomponiendo la cara a Gus Lloyd —dijo—. Yo sé lo, que sucede, pero ya se lo contaré en otro momento. Ahora quiero que trate de averiguar quién es el jefe de Peters-Peterson.

—No se moleste; ese tipo no admitiría otro jefe nunca...

—Las apariencias, a veces, engañan, aunque puede que tenga usted razón —manifestó Kline—. Pero si hay otra persona que no sea su jefe, es porque, cuando menos, tiene su misma categoría. Es... digamos como un socio mitad por mitad y con igual capacidad de decisión, ¿comprende?

—Sí, se explica usted muy bien. De acuerdo, haré lo que pueda.

Kline almorzó con la joven y le relató todo lo sucedido la víspera. Elvira se horrorizó al saber que él había estado a punto de morir.

—Y todo por mi causa —dijo.

—Una causa digna de ser defendida—sonrió él—. Lo cual me indica que vamos acercándonos poco a poco al objetivo.

—Pero si lo advierten, pueden matar a mi padre...

—Sospecho que es más astuto de lo que parece y trata de demorar cuanto puede el lanzamiento de nuevos billetes. ¿No ha vuelto, a telefonar?

—No. Quizá mañana, pasado a lo sumo. Es cuando le toca, Armin.
¿Le digo algo?

—Sí, déle ánimos y dígame que todo acabará bien, sin entrar en más detalles. Su padre es hombre listo y sabrá entenderla.

Elvira sonrió.

—Me siento mejor desde que le contraté a usted —dijo.

—Gracias. Usted se volverá ahora a casa y procurará vigilar los alrededores. No saiga hasta que yo se lo ordene. Ellos se habrán dado cuenta de que ya no pueden escuchar por los micrófonos, pero tardarán aún en reaccionar y buscar el momento de colocar otros. Yo le diré lo que debe hacer entonces, ¿comprende?

—De acuerdo, Armin. ¿Me permite que pague la cuenta?

—Por favor... Invito yo, Elvira.

—Consideremos el almuerzo como gastos de la investigación.

—En estos momentos, no estoy de servicio.

Ella le miró un instante y luego rió sin estridencias.

—Armin, ¿todavía es soltero?

—Sí, todavía.

—¿Le gusta el oficio?

—No.

—Entonces, ¿por qué...?

Se lo diré otro día, pero tenía mis motivos para hacerlo. Ya conocerá la explicación y entonces la encontrará completamente lógica.

Como quiera. Ahora debo pedirle que tenga mucho cuidado. No se deje sorprender otra vez.

—Me confié demasiado, en efecto, y no volverá a suceder —prometió Kline solemnemente.

CAPITULO VIII

Hizo la llamada convenida y la puerta se abrió automáticamente. Cuatro postes de varios metros de altura, sustentaban otros tantos focos, que iluminaban todos los rincones del recinto donde se albergaban las máquinas.

La voz de Elsie brotó a través de un altoparlante:

—Avanza, Armin. Sube por la escalera y da la vuelta completa a la balconada.

Kline obedeció. El acceso al apartamento particular de Elsie se realizaba por el lado opuesto a las oficinas. Ella le recibió, cubierta por una aparatosa bata hecha de decenas de metros de encajes y puntillas, excepto en la parte del escote, que no cubría apenas sus pechos opulentos. El rostro parecía asimismo distinto. Ahora no tenía que tratar con sus empleados, se dijo.

—Estás encantadora —elogió, a la vez que le entregaba un enorme ramo de rosas rojas—. Espero haber acertado en tus gustos sobre flores —añadió.

Elsie olió un poco las flores y luego sonrió.

—Eres un chico encantador —dijo—. Aguarda un momento.

Se acercó a la pared y presionó un botón. Segundos después, se oyó un coro de feroces aullidos, que se producían en el patio.

—He abierto la jaula de los Doberman —explicó Elsie.

—Tres perros —se estremeció él.

—Tres fieras, que te despedazarían si intentases salir sin que yo te acompañase. O que despedazarían a cualquiera que quisiera entrar subrepticamente.

—Es una protección inmensamente mejor que un par de vigilantes armados, Elsie.

—Por eso los tengo y los creí desde cachorro... para que un día pudieran obedecerme ciegamente. Pero vamos a tomar algo antes de la cena. Supongo que no tienes prisa, ¿verdad?

Kline señaló hacia la puerta.

—Con esas fieras sueltas, ¿quién tiene prisa?

Elsie se echó a reír. Puso las flores en un jarrón y luego se acercó ondulante a una consola. Kline apreció el lujo futurista del apartamento, que desentonaba por completo del lugar en que se hallaba situado.

Sin embargo, se apreciaba la hábil mano de un decorador con buen gusto. Elsie, calculo, se había gastado allí una fortunita. También era cierto que debía de ganar mucho dinero con su negocio.

—Elsie, hay algo que no entiendo. Es la primera vez que veo a una mujer guapa dirigiendo un negocio como éste —dijo—. No

quisiera molestarte...

—Pero, según parece, es preciso ser hombre para ello, ¿verdad?

—No soy antifeminista. Sin embargo, lo encuentro extraño...

Ella le entregó una copa.

—El negocio era de mi padre y yo le ayudaba. Cuando murió el año pasado, me hice cargo de la empresa. Pude haber nombrado un director y dedicarme a la buena vida, pero era un método que no me gustaba en absoluto. Prefiero vigilar personalmente lo que es mío, ¿entiendes?

—Es un sistema muy apropiado para evitar pérdidas. Elsie, siento lo de tu padre.

Ella se puso repentinamente seria.

—Lo asesinaron —murmuró.

—¿Un atraco?

—No. Le dispararon por la espalda, en plena calle. Sospecho que alguien quiso vengarse de él.

—¿Por qué? ¿Tenía enemigos?

—Hace tiempo quisieron contratar cuatro de nuestras palas mecánicas para una obra. Mi padre olió un negocio poco limpio y se negó. Además, comunicó sus sospechas a la policía y un par de rufianes se vieron en apuros ante la ley. Por eso supongo que se trata de una venganza.

—Lo lamento. ¿Ha hecho algo la policía?

Elsie emitió una risa burlona,

—¿Por qué te echaron a ti? —preguntó.

Kline frunció el ceño.

—¿Quién te lo ha dicho...?

—Mi capataz te conocía de vista. Habló conmigo después de que te marchases ayer. Dijo que eras de los pocos policías honrados que hay en la ciudad y que te, obligaren a dimitir, porque te habías metido con un personaje de relieve.

—Es cierto.

—Y no pudiste enviarlo a la cárcel, como querías

—Quizá ahora lo consiga —opinó Kline—. Preveo que sus días de poder están contados Y ahora, ¿por qué no cambiamos de tema, encanto?

—¿De qué quieres que hablemos, Armin?

Kline se acercó a la joven y la abrazó fuertemente.

—Primero tenemos que cenar —dijo Elsie.

—¡Al diablo la cena! —exclamó él—. Hay tiempo toda la noche... hasta que encierres de nuevo a tus Doberman. Vamos. al menos así pienso yo.

—¡Qué casualidad! —dijo Elsie maliciosamente—. Me gusta saber qué piensas como yo. Armin.

Dormía profundamente, cuando, de pronto, notó un brusco movimiento a su lado. Un tanto sobresaltado, abrió los ojos y vio a Elsie sentada en la cama.

Entraba algo de luz a través de unas cortinas no totalmente opacas y en aquella penumbra pudo distinguir una expresión preocupada en el rostro de la mujer.

—Elsie, ¿qué sucede?

—Silencio —pidió ella—. Pasa algo raro. No oigo a los perros...

—No ladran, si no tienen motivos —dijo Kline.

—Ya lo sé, pero hace un rato, ladraron muy fuerte. Suele suceder, cuando algún viandante pasa cerca del recinto. Pero han callado y no se oye un solo gruñido. Y siempre hacen un poco de ruido.

De repente, decidida, Elsie lanzó a un lado las ropas de la cama, saltó fuera y se puso una bata. Descalza, abandonó el dormitorio a la carrera.

Kline la siguió, preocupado también. Cuando llegaron al salón, ella notó su presencia.

—No se te ocurra encender una luz —advirtió.

Kline desconocía por completo las intenciones de la joven. Ella presionó un interruptor situado en alguna parte y todo un lienzo del muro se descorrió en el acto.

Kline se quedó atónito. Había allí varias pantallas de televisión y un teclado de mandos, que casi parecía el puesto de control de una astronave. Elsie movió las manos velozmente y las pantallas se encendieron casi en el acto.

—Maldita sea —juró—. Mira, han dormido a mis perros... o los han envenenado...

Pasmado de asombro, Kline vio a los negros canes tendidos en el suelo y completamente inmóviles.

—Alguien piensa entrar —dijo.

—Se ¡llevará un chasco —aseguró Elsie.

Una de las cámaras exteriores se movió, por los impulsos que le llegaban desde el puesto del control. Kline vio a un sujeto que forcejeaba con la cerradura de la puerta de alambre.

—¿No tienes sistema de alarma? —preguntó.

—Lo haré instalar a partir de ahora —contestó Elsie, ceñuda—. Confiaba en los perros, pero veo que me he equivocado.

—Las precauciones nunca están de más —dijo él sentenciosamente.

—Bueno, pero ahora ocupémonos de ese hijo de mala madre.

La cerradura saltó al fin y el sujeto penetró en el recinto. Kline se dio cuenta de que franqueaba la entrada con una caja en las manos. La caja parecía un pequeño maletín para herramientas.

—Eso no me gusta nada —dijo—. Huelo la dinamita antes de que haya explotado.

—Le voy a dar un disgusto, Armin —aseguró Elsie—. Ahora verás...

Ella volvió a manejar el teclado de control. De pronto, Kline vio que una enorme máquina se ponía en movimiento.

Era una pala de largo brazo, que podía alcanzar fácilmente la veintena de metros. Fascinado, vio que el brazo se extendía telescópicamente, a la vez que se abrían las dos enormes mandíbulas del extremo.

—A veces tenemos que realizar trabajos peligrosos y utilizamos esa máquina de control remoto, sin riesgo para el operario —explicó ella.

La máquina parecía actuar silenciosamente, porque el intruso no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. Cuando quiso reaccionar, las dos bocas de la pala se cerraban sobre su cuerpo.

Kline lo vio alzarse a un par de metros del suelo y se puso nervioso.

—No tengas miedo —dijo Elsie—. Sólo quiero darle un susto, no partirlo en dos.

Ahora sólo veían las piernas del intruso, que se agitaban frenéticamente. Bruscamente, la pantalla se iluminó con un vivísimo fogonazo.

El resplandor se disipó en el acto, mientras llegaba a la casa el fragor de la explosión. El movimiento de la máquina se detuvo bruscamente.

Kline se sintió horrorizado. La mitad interior del cuerpo del sujeto había desaparecido por completo. Largos chorros de sangre, mezclados con unas cosas rojizas, caían al suelo. Era una escena realmente horripilante.

Casi sintió deseos de vomitar. Elsie, en cambio, se sentía furiosísima.

—Ese miserable me ha destrozado una máquina que vale ciento cincuenta mil «pavos»...

—Pero tú estás viva —le interrumpió él—. Imagínate si llega a poner la bomba en casa.

Elsie se calló de pronto. Kline la agarró por un brazo y la empujó hacia el teléfono.

—Llama a la policía, es tu deber —indicó—. Voy a vestirme mientras tanto.

Ella asintió. De pronto, se sentía desmadejada. Kline comprendió lo que le sucedía y le dio una copa para que se entonara.

* * *

Dormía aún cuando le despertó el timbre del teléfono. Lo descolgó de mala gana y pronunció su nombre.

—Soy Petra —oyó al otro lado de la línea—. ¿Qué haces todavía en la cama?

—He pasado una noche muy agitada...

—Con Elsie Bernson, ¿verdad?

—¿Cómo diablos sabes...?

—Tengo el vicio de leer los periódicos, Armin. ¿Puede saberse qué hacías en casa de esa furcia?

—Cuando pronuncies esa palabra, mírate al espejo —con testó él, molesto—. Estaba allí porque me gustaba y porque le gusté, y porque no me ofreció un empleo, ¿lo entiendes?

—Bueno, bueno, no te desboques —dijo Petra, algo más amansada—. Sólo quería... Bien, el caso es que te mencionan como testigo presencial...

—Sí, lo estaba viendo a través de una pantalla de televisión. Elsie es muy precavida. Pero, en realidad, sólo quería atrapar al intruso.

—Se llama Danny Romero.

—Lo supe después. La policía dijo que, al sentirse atrapado, debió de accionar involuntariamente el contacto del sistema de ignición. Había dos kilos de dinamita en el artefacto, ¿comprendes?

—Parece que la cosa está caliente, ¿eh?

—No te lo puedes imaginar.

—Armin, cariño, me gustarla saber por qué fuiste allí. Porque supongo que no estabas allí sólo porque Elsie sea una mujer muy guapa,

—Te diré la verdad. Eddie McVane alquiló una de sus máquinas. McVane trabaja para Peters-Peterson. Y yo sospecho que es éste el que ha organizado el secuestro del padre de Elvira

—Ah, entiendo. Pero, ¿cómo supiste que Elsie había alquilado el generador...?

—El tipo que nos tiroteó en Stauton Farm se mató al chocar contra el camión que iba a recoger el generador. Vi el rótulo de la compañía en los laterales del camión y luego fui a investigar.

—Y así conociste a Elsie.

—Sí.

—Fuiste rápido —dijo Petra, riendo falsamente.

—Vimos que nos compenetrábamos —contestó él con desenvoltura.

—Armin ¿por qué lo haces? —preguntó la joven de repente.

—Petra, tú me conoces desde hace tiempo, ¿verdad?

—Hombre, qué cosas tienes...

—Me supo muy mal aquel fracaso, que alguien provocó. Cuando ya casi iba a echar el guante al tipo, me pusieron la zancadilla miserablemente. No se lo perdonaré nunca, ¿comprendes?

—Y sólo por eso te mueves...

—Sí. Petra.

—Quieres recobrar el honor perdido, ¿eh?

Kline calló un momento. Petra se impacientó.

—¿Por qué no me contestas, Armin?

—Hermosa —dijo Kline—, hace un par de años, cuando apenas te había conocido a ti, conocí también a una chica, no muy bonita, pero sí trabajadora, alegre, generosa y decente. Antes de que hubiese llegado a impresionarme demasiado, ella tuvo la mala suerte de encontrarse en el camino de una bala disparada por uno de los hombres del tipo que tú ya sabes.

—Ah, ése es otro motivo...

—Sí. Petra.

—Lo siento, no lo sabía.

—Bah, no te preocupes. Son cosas que pasan.

—Pero tú la recuerdas aún, Armin.

—Según se mire. Ya te digo que no había llegado a enamorarme de ella. Pero su muerte me dolió horribilmente.

—Entiendo. ¿Cómo va el asunto del padre de Elvira?

—Avanzo, aunque muy despacio.

—¿Sabes algo nuevo?

—En cierto modo. Peters-Peterson tiene un jefe o, por lo menos, un tipo que es socio a partes iguales, lo que significa que manda tanto como él. Tengo que averiguar quién es. Me costará, pero lo conseguiré.

—Te deseo suerte, Armin.

—Gracias, Petra.

—Y ya sabes, si un día...

—¿Me perdonas la «infidelidad»? —rió Kline.

—Soy muy comprensiva —contestó ella alegremente.

—Sospecho que no volveremos a vernos, al menos, en el sentido que tú piensas. Lo siento, Petra.

—Bien, en tal caso, digámonos adiós, como buenos amigos, Armin.

—Adiós, Petra.

Kline colgó el teléfono, un tanto fastidiado, pero, por otro lado, satisfecho de haber terminado una relación basada solamente en el sexo. Petra era demasiado absorbente y él habría terminado por ser una marioneta que hubiera bailado al son que ella te tocara.

—Adiós, y para siempre —exclamó, aunque sabía que Petra no podía oírle.

Fue al baño, se duchó y afeitó, tomó un par de tazas de café y luego hizo una llamada telefónica.

—Me invito a almorzar en su propia casa, Elvira —dijo.

—No hay inconveniente, Armin. ¿Cuánto tardará?

—Veinte minutos.

—Cuidado con los policías de tráfico —advirtió ella jovialmente.

—No se preocupe. Hasta ahora.

CAPITULO IX

Manolita trajo el café, una botella de coñac y dos copas, y se retiró discretamente.

—Siento no tener cigarros en casa —se disculpó Elvira—, Papá no fuma y yo, comprenderá...

—Olvídelo —sonrió Kline—. La comida ha sido estupenda.

—Se lo diré a Manolita. Si quiere ganarse su corazón, elogie su arte culinario.

—Lo tendré en cuenta. ¿Ha visto alguien sospechoso por las inmediaciones de la casa?

—No, pero tengo un telescopio preparado constantemente. Lo uso con frecuencia...

Kline tomó un sorbo de café.

—Interesaría que volviesen a poner micrófonos.

—¿Por qué?

El joven se lo explicó. Elvira se quedó asombrada.

—No se me había ocurrido —dijo.

—Es un procedimiento ya un tanto vulgar, pero no creo que ellos sospechen que vayamos a utilizarlo en nuestro propio provecho. Ahora bien, lo que conviene es que venga el tipo para instalar los micrófonos nuevamente. Si no lo conseguimos...

—Si no lo conseguimos, no me da usted esperanzas —dijo Elvira con los ojos húmedos.

—Hay algo que debo reconocer y que saben hacer muy bien. Tengo numerosos «contactos», pero ninguno de ellos ha sido capaz de decirme nada sobre este asunto. Nadie ha podido darme la menor pista sobre el lugar donde tienen a su padre. Es un secreto muy bien guardado y, por desgracia, para nosotros, claro, no podemos encontrarle,

—Ya no sé qué hacer, Armin...

—Al menos, tenemos la ventaja de que él les está distrayendo, dándoles largas con el nuevo grabado. Eso puede dar nos tiempo a averiguar dónde lo tienen. Pero creo que la única manera posible va a ser cuando vengan a ponerle los micrófonos en la casa.

—Si es así, ¿por qué no les facilitamos la tarea?

—¿Cómo, Elvira?

—Ausentándonos la sirvienta y yo.

—No está mal pensado, pero antes habría que saber si hay alguien en las inmediaciones. Otra cosa, ¿tiene una grabadora?

—No, no la tengo.

—Voy a salir, compraré una y haré que se la envíen, para que grabe la próxima llamada de su padre.

Elvira levantó sus bien trazadas cejas.

—¿Tiene eso alguna utilidad?

—Quizá pueda percibir ruidos de fondo, que nos darían una pista en tal caso.

—Está bien pensado —sonrió ella.

Kline apuró el coñac y se puso en pie.

—¿Sabe si escuchan a su padre por un supletorio cuando habla con usted?

—No tengo la menor idea, aunque me imagino que así es...

—Me gustaría que le dijese algo, pero prefiero no correr demasiados riesgos, aunque, por otra parte, ya saben que le estoy buscando. De todos modos, procure tranquilizarse sin entrar en demasiados detalles.

—Descuide, lo haré como dice.

Manolita asomó en aquel momento por la puerta de la terraza.

—Señor Kline, le llaman por teléfono —anunció.

El joven hizo un gesto de extrañeza. Luego echó a andar hacia la casa,

—Disculpe, Elvira,

Kline entró en el salón, levantó el teléfono y dio su nombre.

—Soy Phil —dijo Dexter—, Tengo noticias para usted.

—¿Ha averiguado lo que nos interesa? —preguntó Kline esperanzado.

—No, es otro asunto... Llamé a su casa y, como no estaba, me figuré que podría encontrarle con la señorita Simmons-Vega. Bueno, alguien tiene el pescuezo bajo la guillotina, pero no sé quién diablos puede ser.

—¿Qué significa eso, Phil? —se alarmó él.

Es bien sencillo Han contratado a Janus Digger. Le gusta mucho usar «regadera», si entiende lo que quiere decir. Bueno, son rumores, murmuraciones que corren por ahí, no es que esté totalmente confirmado, pero cuando Digger está en danza, alguien acaba con veinte balas en las tripas.

—Horrible. ¿Quién es el tipo?

—Una mujer. No sé el nombre; sólo he oído algo sobre la «rubia chillona»... Oiga, ¿no será Petra McCabbs? A veces tiene un genio terrible.

—Petra es pelirroja —dijo el joven pensativamente. De súbito, sintió un escalofrío—, ¡Phil, ya sé quién es! —exclamó—. Gracias, voy a avisarla inmediatamente.

Dexter cortó la comunicación de inmediato. Kline buscó el número de Elsie y lo marcó rápidamente. Al cabo de casi un minuto de espera, oyó una voz masculina:

—Compañía Bernson. ¿Qué desea?

—¿Dónde está Elsie? Soy Kline...

—Lo siento, señor Kline —respondió el hombre—. Me llamo John Trask y soy el encargado. La señora Bernson ha salido; la llamaron a jefatura, con relación al asunto de la noche pasada.

—Está bien, gracias.

Kline llamó a continuación a la Jefatura de Policía. El oficial encargado del caso le dijo que Elsie se había marchado unos minutos antes.

—Estará de vuelta hacia su negocio —supuso Kline.

—Es posible, aunque también la oí comentar algo sobre comprarse no sé qué de ropa interior. Hablaba con la sargento Betty Herley... Mujeres, mujeres... —bufó el policía—. Pero, ¿qué te pasa con ella, Armin?

—Han contratado a Digger para matarla.

—Rayos, no...

—Voy a ver si la encuentro. Haz que avisen a todas las patrullas, para que la protejan. Digger debe de andar suelto por ahí con la «regadera» y no me gustaría que le llenase el cuerpo de plomo.

—Lo haré ahora mismo, Armin. ¡Un cuerpo tan bien construido!

—suspiró el oficial.

Kline salió a la terraza, donde Elvira le esperaba con enorme ansiedad.

—¿Sucedo algo, Armin?

Kline se pellizcó el labio inferior. Luego dirigió a la joven una mirada oblicua.

—Elvira, ¿si usted quisiera comprarse ropa interior, buena y elegante, dónde lo haría? —preguntó al cabo.

—Bueno, hay un par de tiendas en la ciudad, de las caras, naturalmente...

—Vamos, acompáñeme —pidió él—. Tenemos que buscar a una mujer que está en grave peligro.

Elvira no se hizo de rogar. Mientras se dirigían velozmente hacia la ciudad, le hizo una pregunta, ya enterada de todos los detalles del caso:

—¿Por qué sabe que Elsie va a comprarse la ropa interior en una de las mejores tiendas?

—Es bien sencillo. Sin ser una derrochadora, le gusta todo lo mejor.

—¿Ha tenido ocasión de... comprobarlo? Estaba con ella cuando Romero quedó partido por la mitad.

Kline sonrió.

—¿Quiere una respuesta sincera?

—Se lo agradeceré.

—Hay momentos en que la ropa interior no se utiliza para nada.

—Mujer afortunada —suspiró Elvira.

Kline respingó.

—Oiga, no me irá a decir que usted...

—Sólo he dicho que Elsie es una mujer afortunada, Armin —puntualizó ella maliciosamente.

El joven ocultó una sonrisa. Le gustaba la respuesta, porque así podía comprobar que Elvira no era la dama estirada y orgullosa que había aparentado en todo momento. Claro que tal vez se trataba de una postura de autoprotección, pero, aun así, valía la pena haber oído aquellas frases. Y lo tendría en cuenta para el momento adecuado.

* * *

Kline aguardaba en la puerta de la calle, mirando en todas direcciones. Elvira estaba en el interior de una «boutique» de lujo y salió a los pocos momentos.

—No ha estado aquí —informó.

—¿Seguro?

—La conocen. Es diente habitual. Pero, en cambio, me han dado una buena pista.

—Hable, por todos los..

—Está en la peluquería y sé cuál es. ¿Vamos?

Kline lanzó un terrible suspiro de alivio.

—Sí, vamos.

Abrió la portezuela del coche y Elvira se sentó tras el volante. El se disponía a dar la vuelta, para entrar por el otro lado, cuando, de pronto, casualmente, divisó a Elsie al otro lado de la calle.

La joven se disponía a cruzar y estaba aguardando a que el semáforo su pusiera en verde. Repentinamente, Kline vio un coche de color gris oscuro que se arrimaba lentamente a la acera.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¡Elsie! —gritó con poderosa voz—. ¡Elsie, tírate al suelo!

Agitaba los brazos al mismo tiempo y consiguió que ella le viese y sonriera al reconocerle. Kline repitió la advertencia:

—¡Al suelo, al suelo, Elsie!

Ella puso cara de extrañeza. El coche gris se detuvo en aquel instante.

El semáforo para peatones se puso en verde. Kline empezó a correr

En aquel momento, se oyó un fuerte petardeo.

La sonrisa de Elsie se trocó en una mueca de dolor. Llevaba un vestido de color amarillo y las manchas rojas aparecieron instantáneamente en su pecho y vientre. La ráfaga la hizo correr literalmente hacia atrás, mientras la gente se dispersaba. en medio de un estremecedor concierto de gritos y chillidos de pánico.

Elsie tropezó con un arriate y cayó de espaldas, con los pies por alto. El asesino, concluida su macabra tarea, se dispuso a huir.

Kline lo alcanzó cuando apenas había dejado la metralleta en el asiento, a su derecha. Antes de que Digger pudiera pisar el acelerador, abrió la puerta, lo agarró por el brazo y pegó un violentísimo tirón.

—¡Maldito, maldito! —rugió, ciego, enloquecido por la cólera.

Digger intentó defenderse, pero aunque era robusto, resultaba poco menos que un pelele en manos de un hombre al que la ira había duplicado sus fuerzas. Kline empezó a golpearle con la mano derecha, mientras le sujetaba con la izquierda por la pechera de la camisa. Los hombros de Digger chocaron contra el automóvil y le oyó chillar, pero, había perdido por completo el control de sí mismo y siguió pegándole con encarnizamiento, con

verdadera saña.

Machacó su nariz y le partió los labios. Ansiaba destrozar a aquel hombre con sus propias manos. Digger rugió primero y luego empezó a quejarse débilmente. El puño de Kline continuaba martilleando implacablemente un rostro que estaba ya cubierto de sangre.

Alguien le agarró repentinamente por los brazos y lo arrastró hacia atrás, obligándole a soltar a su presa,

—Ya está bien, sargento —dijo un policía, que le conocía desde mucho tiempo atrás y que le aplicó el tratamiento a que antiguamente tenía derecho—. Déjelo o le acusarán de homicidio. Ese tipo ha tenido ya bastante, créame.

Sin conocimiento, con la cara destrozada, Digger rodó al suelo hecho un ovillo. Kline, aturdido, miró a su alrededor. Había llegado un coche de patrulla y ni siquiera había oído la sirena.

El policía sacó un pañuelo y se lo dio.

—Tiene la mano hecha un asco —dijo.

Kline se limpió maquinalmente. El otro agente estaba junto a Elsie. Regresó instantes después y meneó la cabeza.

—Habrás que llamar al forense —dijo—. Es todo lo que se puede hacer por ella.

Kline oyó aquellas palabras y sintió que se le desgarraba el corazón. ¿Por qué habían tenido que matar a Elsie?, se preguntó, lleno de congoja.

Llegó otro coche policial. Los agentes empezaron a apartar la gente. Elvira corrió hacia el joven, lo agarró por un brazo y le miró angustiada.

—Armin...

Kline bajó la cabeza.

—Está allí, al otro lado del seto —murmuró—. No quiero verla...

Llegó un coche con un par de detectives de paisano. Kline contestó a algunas preguntas. Luego, una ambulancia se llevó a Digger, quien continuaba todavía sin conocimiento.

—Cuando ese tipo salga del hospital, dará miedo mirarle la cara —oyó que decía uno de los policías.

—Digger saldrá del hospital, pero no de la cárcel. Allí se pudrirá el resto de sus días —contestó otro agente.

—Deberías haber permitido que el sargento lo liquidase...

—Si hubiera sido otro, tal vez, pero es un buen amigo y no quiero que se meta en más líos.

Al cabo de un rato, Kline y Elvira fueron autorizados para marcharse. A Kline le habían vendado la mano derecha, cuyos nudillos estaban en carne viva. Elvira tiró suavemente de su brazo y lo hizo caminar hasta el coche.

—Armin, procure calmarse —aconsejó.

—Trato de hacerlo —contestó él—. Si pudiera agarrar al que ordenó ese asesinato...

—Ya lo encontrarán, descuide. ¿Quiere que lo lleve a su casa? Kline asintió.

—Aunque quizá estaría mejor en la mía —agregó Elvira.

—¿Por qué?

—Presiento lo que va a hacer y no me gustaría. Así, yo escondería todos los licores y no se emborracharía.

Kline sonrió débilmente.

—Le prometo que no lo haré, Elvira —dijo—. Pero, de todas formas, acepto la invitación y, si no le importa, esta noche dormiré en su casa.

—Me siento muy complacida —contestó ella, a la vez que pisaba el acelerador.

CAPITULO X

El teniente Ambruster llegó a la mañana siguiente, cuando desayunaban en la terraza. Kline se lo presentó a Elvira. La joven hizo que trajeran una taza para el policía. Ambruster no dijo nada, hasta haber tomado unos sorbos de café recién hecho.

—Delicioso —elogió—. Hacía tiempo que no tomaba un café tan bueno.

—Teniente, usted no ha venido aquí para disfrutar de la hospitalidad de Elvira —dijo Kline—. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

Los duros ojos de Ambruster se clavaron en el rostro del joven.

—Armin, hace tiempo que mis hombres le vienen siguiendo —manifestó—. ¿Qué diablos pasa?

—Sin permiso de mi cliente, no puedo hablar.

Ambruster se volvió hacia la joven.

—¿Señorita...?

Elvira vaciló un instante. Luego, de repente, se decidió y dijo:

—Armin, será mejor que se lo contemos todo. Ya estoy harta de ocultar las cosas.

—Muy bien —respondió Kline—. Teniente, el padre de esta chica tan preciosa es el autor de los billetes falsificados.

El policía respingó.

—No hablará en serio —dijo.

—Absolutamente en serio. Pero, si los han detectado, es porque él quiso que fuera así.

—A ver, explíquese, Kline.

—El señor Simmons-Vega fue secuestrado hace más de cuatro meses, para que grabase las planchas de unos billetes de cien dólares. Es un hombre honrado y no quiso que sus secuestradores se aprovecharan de sus habilidades. Por eso introdujo un detalle erróneo en el grabado.

Ambruster movió la cabeza arriba y abajo varias veces.

—Ahora lo comprendo —dijo—, ¿Dónde está su padre, señorita?

—Lo ignoro, teniente —contestó Elvira.

—Si lo supiéramos, ya estaría en casa —dijo Kline.

—Encontramos una pista. Lo tuvieron durante una temporada en Staunton Farm, pero supieron que íbamos a ir allí y se llevaron a otro sitio, con todo el material.

—Y quizá fue ése el motivo por el cual asesinaron a Elsie ayer —añadió el joven.

—Me gustaría una explicación detallada de todos los acontecimientos —solicitó el policía—. Hable, Kline.

—Sí, señor.

El joven hizo un sucinto relato de todo lo que había sucedido. Cuando terminó, Ambruster se puso en pie.

—Señorita, cuando llame su padre, avíseme sin falta —dijo.

—Sí, teniente.

—En cuanto a usted, Kline...

Ambruster pareció dudar un momento, pero continuó casi en el acto.

—Al dejar la Policía, pidió una licencia de detective privado. Entréguemela.

Kline apretó los labios. Elvira hizo un ademán.

—Hoy mismo iré a jefatura, a solicitar para mí otra licencia análoga. Además, interpondré una demanda judicial, en debida forma, para exigir que esa licencia sea devuelta a su dueño, por ausencia de motivos legales para prohibirle el ejercicio de su profesión.

Ambruster respingó.

—¡Demonios! Habla como un leguleyo...

—«Soy» un leguleyo —dijo Elvira, con encantadora sonrisa—. ¿Quiere que le enseñe el diploma que obtuve en Stanford?

—Vaya, es también una sorpresa para mí —resopló Kline.

—Me ocupaba de los asuntos legales de mi padre. Hay más trampa de la que la gente cree en el mundo del arte. Aparte de eso tuvimos un par de pleitos por nuestras tierras y el anterior abogado nos traicionó. Así que papá dijo que me convendría obtener el título y...

—Basta, no siga, señorita —cortó Ambruster—. Está bien, Kline, siga, pero téngame informado del menor paso que pueda dar en este caso.

—Sí, teniente —contestó el joven.

Ambruster se dispuso a marcharse, pero cuando ya llegaba al borde de la terraza, se volvió y sonrió.

—Ah, olvidaba una cosa. Digger tiene rota la nariz y las dos mandíbulas. Puede que pierda la visión en un ojo y... Bueno, va a estar un mes alimentándose con un tubito. Y cuando esté curado, acabará en San Quintín para el resto de su vida.

—Una noticia altamente satisfactoria —dijo Kline, a la vez que levantaba la mano vendada.

—Pero no lo tome como norma —advirtió el policía.

Kline y Elvira se quedaron solos, Ella puso más café en las tazas,

—Y ahora, Armin, cuéntame por qué dejaste la policía —pidió.

Regresó a su casa con mal sabor de boca. No era agradable asistir al entierro de una mujer que, tan sólo cuarenta y ocho horas antes, era un ser estallante de vida, repleto de optimismo y

lleno de fe en el futuro. Ahora, Elsie estaba bajo seis palmos de tierra, convertida en una cosa fría e inerte.

Estuvo a punto de servirse una copa, pero pensó que el alcohol no le serviría de nada y puso agua al fuego, para hacerse café. Entonces llamaron a la puerta.

Era Dexter. Kline se apartó a un lado.

—Entre, Phil.

—Gracias. Le vi en el entierro de Elsie, Armin.

Kline hizo un gesto de sorpresa.

—Yo no le vi a usted —manifestó.

—Parecía el viudo, y perdone la expresión. Me di cuenta de que no estaba para fijarse en nada.

—Sí, es cierto. Vamos a la cocina, tengo agua calentándose.

Dexter siguió al joven.

—¿Apreciaba a Elsie? —preguntó?

—Sólo la había visto en dos ocasiones, la segunda, cuando Danny Romero quiso volar su casa. Pude evitar que muriese entonces, pero no cuando el condenado Digger usó su «regadera».

—Era una mujer estupenda. A los que matan a personas así, habría que matarles mil veces.

—Por desgracia, eso no puede ser, Phil.

Los dos hombres callaron un momento. Luego, Dexter volvió a hablar:

—Vi a McVane en el cementerio.

—¿De veras?

—Estaba algo apartado, pero contemplaba la escena sin perderse detalle.

—Eso puede ser interesante, Phil.

—Yo pienso que McVane tiene que ver algo con la muerte de Elsie.

—Posiblemente.

—Podríamos preguntarle...

—No serviría de nada.

—Mejor sería seguirle, ¿no?

Kline llenó dos pocillos y dio uno a su visitante. Dexter lo sujetó con ambas manos, apoyado en el borde de la cocina.

—Por ahí se rumoreaba que Peters-Peterson tuvo algo que ver con la muerte del padre de Elsie. Peters-Peterson estaba mezclado en aquel asunto de compra de terrenos, que costó el cargo al anterior alcalde. Bernson le hizo polvo el negocio y Peters-Peterson juró que un día se lo pagaría.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—Sí, el mismo que mató anteayer a Elsie. Aunque entonces no usó la «regadera».

—Mató al padre, mató a la hija... Pero Elsie ya no tenía nada que ver con aquel asunto de compra de terrenos. No intervino para nada y todo lo hizo su padre.

—Entonces, la mataron porque estuvo con usted.

Kline consideró aquella posibilidad.

—Porque estuvo conmigo —repitió a media voz.

Hubo un momento de silencio. Luego, Kline movió la cabeza.

—Sería conveniente considerar esa posibilidad, Phil —dijo.

—¿Qué quiere que haga ahora? —consultó Dexter.

—Vigile a McVane y, naturalmente, también a Peters-Peterson.

Téngame informado del menor de sus movimientos. También si ve a alguien sospechoso que se relacione con ellos.

—Descuide.

El teléfono sonó en aquel momento. Dexter agitó una mano.

—Hasta la vista —se despidió.

Kline volvió a la sala y descolgó el aparato.

—¿Sí?

—Armin, soy Elvira. Hay un tipo merodeando por los alrededores de la casa —dijo la muchacha—. Me parece que ya lo había visto en otra ocasión por aquí, pero no estoy muy segura...

—¿Ve algún coche? —preguntó él.

—Sí, lo tiene a unos doscientos cincuenta metros, fuera del camino de acceso que viene por el Norte. El está mucho más cerca, a unos ciento veinte metros, con unos prismáticos en la mano.

—Entonces, verá su telescopio —se alarmó Kline.

—No tema, lo tengo muy bien disimulado. Puedo darme cuenta de que está esperando algo; está en un buen sitio, pero, para no cansarse, se ha sentado en una maleta que llevaba consigo.

—Esa maleta contiene, seguramente, los micrófonos. Bien, vamos a hacer una cosa, Elvira.

—Sí, diga.

—Ahora, usted y Manolita saldrán en el coche y se marcharán de casa, con aspecto natural, como si fuesen al supermercado o algo por el estilo. al volver, hágalo por el lado

Sur y deténgase a unos doscientos metros de la casa, pero procurando que el coche no pueda ser visto. ¿Lo ha entendido?

—Sí, Armin.

—Por ahora, eso es todo. Tómese tiempo y llegue de vuelta dentro de dos horas.

—De acuerdo. He tornado nota de la matrícula de ese coche...

Kline se echó a reír.

—Buena chica. Dígamela, para no equivocarme —pidió.

Elvira le dio el dato solicitado. Kline colgó a continuación y se

dispuso a salir. Antes, sin embargo, revisó una cartera de mano que tenía preparada desde hacía días. Vio todo en orden, se dirigió hacia la puerta y salió al pasillo.

* * *

El coche sospechoso estaba todavía parado cuando Kline llegó, media hora más tarde. No se veía el menor rastro de su dueño, por lo, que se acercó al vehículo y, tras comprobar la matrícula, se tumbó en el suelo y se arrastró hasta situarse debajo. Actuó rápidamente, con destreza, volvió a arrastrarse en sentido contrario y corrió hacia su automóvil.

Había llevado un mono para no mancharse y se lo quitó rápidamente. Luego ¡levó su propio coche fuera de la vista del otro, y una vez lo tuvo estacionado, regresó a pie.

Una hora más tarde, un sujeto de aire inocuo llegó al coche sospechoso, subió, arrancó y se marchó sin prisas. Kline sonrió para sus adentros.

Minutos más tarde, se reunía con Elvira en el lugar indicado

—¿Estuvo el hombre en mi casa? —preguntó ella.

—Sí.

—Entonces, ha puesto los micrófonos...

—No me cabe la menor duda, aunque lo comprobaremos inmediatamente. Ah. una cosa. Ya sé de quién es el automóvil sospechoso.

—¿Quién se lo ha dicho?

Kline sonrió.

—Todavía rae quedan buenos amigos en el Departamento de Tráfico, el coche pertenece a Peters-Peterson, como no podía ser menos.

—¿Podremos seguirle?

—Sí, sin duda alguna. Y, sobre todo, después de la trampa que pienso tenderles.

—¿Qué trampa. Armin?

—Vamos a casa y se lo diré.

—¿Con los micrófonos en funcionamiento?

—Claro, de otro modo, no funcionaría la trampa.

Elvira puso en marcha su automóvil y Kline la siguió en el suyo. Antes de entrar en la casa, Kline la agarró por un brazo.

—Procure seguirme la corriente cuando hable —aconsejó en voz baja—. Si le hago señas negativas, conteste siempre que no lo sabe o no lo conoce, sea lo que sea, ¿estamos?

—Sí, Armin.

Entraron en la casa. Kline dijo:

—Elvira, tengo ganas de tomar una copa.

—Ahora mismo se la serviré, Armin.

Hubo un momento de silencio. Kline, poco después, con la copa en la mano, dijo:

—Me siento un poco nervioso. Elvira.

—¿Por qué?

—Espero que a su padre no le haya sucedido nada. Con un poco de suerte, esta noche le habremos librado de las garras de sus secuestradores.

—¿De verdad, Armin?

—Sí, seguro. Me ha costado mucho, pero, al fin, he averiguado el lugar donde está escondido.

Elvira contempló el rostro de Kline y comprendió el sentido de aquellas frases. Era la trampa que el joven tendía a los secuestradores, a fin de encontrar a su padre.

—Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por nosotros —respondió cálidamente.

Y en aquel instante, sonó el teléfono.

CAPÍTULO XI

Fue un timbrazo estridente, que les sobresaltó por inesperado. Elvira, al rehacerse, fue a coger el aparato, pero se detuvo al ver que Kline le hacía una seña.

—No le diga nada —susurró al oído de la joven—. Déle ánimos, simplemente.

Elvira asintió y levantó el aparato. Segundos después, lanzó una exclamación:

—¡Papá, qué alegría oírte! ¿Estás bien? Que no me preocupe... Hombre, llevas un montón de meses fuera de casa... Sí, sí, ya sé cuál es tu situación y yo también quiero que acabe pronto... Ten un poco de paciencia y procura trabajar a conciencia, como lo haces siempre. Oye, ¿sabes que vino el señor Huntsworth con muy buenas noticias? Sí, ya sabes, aquel excéntrico ricachón, chiflado por tus cuadros... Me preguntó si habías terminado aquel que pensabas titular «Vista desde Rock Point» y yo le dije que te faltaba ya muy poco. El señor Huntsworth prometió volver mañana o pasado, seguro de que te vería en casa... Adiós, papá...

Elvira colgó el teléfono, Kline la miró inquisitivamente.

—¿Quién es Huntsworth? —preguntó.

—Nadie, no existe —respondió la chica con aire triunfal—. Es un nombre imaginario que empleábamos mi padre y yo cuando queríamos darnos buenas noticias. Por aquella época, yo era una niña y papá decía que Huntsworth vendría un día a llenarnos de dinero... Entonces, pasábamos una mala racha...

—Comprendo —sonrió él—, ¿Y el cuadro?

Elvira le llevó a la terraza y extendió el brazo.

—Allí está Rock Point —señaló—. ¿No le parece una vista maravillosa?

Kline estuvo callado un momento. Luego se volvió hacia la joven.

—¿Habrás entendido la contraseña? —preguntó.

—Estoy segura de ello, Armin.

—Así lo espero —dijo Kline fervientemente.

* * *

Estaban sentados en el coche, situado discretamente en una zona penumbrosa, pero desde la cual, sin embargo, podían ver todo lo que sucedía en el exterior del «3 P». El automóvil utilizado por el espía se hallaba a la puerta.

Elvira se encargaba de conducir, Kline, a su lado, tenía en las

manos un receptor que recogía las señales emitidas por el aparatito que había colocado bajo el coche de Peters-Peterson. Veían el automóvil, pero luego se alejaría y no podrían situarse en sus inmediaciones, a fin de no ser descubiertos prematuramente. Transcurrieron unos minutos. Alguien vino, caminando por la acera y se detuvo junto al coche, simulando buscar cerillas para el cigarrillo que pendía de sus labios.

—Están todos ahí adentro —dijo Dexter.

—¿Cuántos?

—Un montón. McVane, Teddy *el Glotón*, Ringo Clarence y Hattoo Raven. Faltan Meeker y Lloyd. Este se encuentra en el hospital, con la cara muy dañada.

—Lo hice yo —contestó Kline—. Phil, ha mencionado a Raven.

—Sí, entró con un maletín en la mano.

—Hay tipos que no escarmientan jamás. —Kline meneó la cabeza—. Como le ponga la mano, se va a comer la dinamita entera, en bocadillos.

—Puede sazonarlos con vitriolo —rió Dexter—. Buena suerte a los dos —se despidió.

—Gracias.

—De modo que Peters-Peterson tiene ahí a todas sus fuerzas —dijo Elvira, cuando el detective se hubo alejado.

—El estado mayor de granujas, matones y asesinos más conspicuo que haya oído usted mencionar en su vida —respondió él.

—Parece ser que, en efecto, han caído en la trampa. Pero son muchos y no sé si podremos...

—No haremos nada, hasta haber localizado su guarida. Estoy seguro de que piensan hacer otro traslado. Antes de que lo consigan, habré llamado al teniente Ambruster.

—¿Con qué teléfono? —preguntó ella.

Kline señaló el que había en la consola del coche.

—Pagué mis atrasos a la compañía —respondió.

—Andaba mal de fondos, ¿eh?

—No se puede decir que mi situación fuese lo que se dice próspera —admitió Kline.

—Y, dígame, ¿piensa seguir así toda la vida?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Reingresar en la policía, por ejemplo.

—¿Le agradaría a usted?

—No se trata de que me guste a mí, Armin. Pero yo sé que usted se siente frustrado fuera del Cuerpo y pienso que un hombre debe hacer lo que le gusta.

—Vi muchas cosas sucias...

—Este mundo no está limpio —dijo ella filosóficamente—.

Podemos ayudar a limpiarlo un poco, pero, aunque nos desagrade, es preciso que nos habituemos a vivir en él. tal como es. Es imposible alcanzar en la tierra el estado de perfección absoluta.

—Me siento admirado —confesó él—. Nunca había oído hablar así a una mujer... a nadie, mejor dicho.

—Soy práctica en determinados aspectos de la vida, Armin —declaró la joven—. Y usted debería ser un poco me nos idealista y descender algo más a ras del suelo. Se evitaría así muchos disgustos.

—¿Trata de cambiarme? —bromeó Kline.

—¿Por qué no? Pero sería para su bien, espero.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Kline se volvió y contempló el puro perfil del rostro de la joven. De pronto, se notó invadido por una sensación extraña, jamás percibida hasta entonces, y sintió deseos de estrecharla en sus brazos y besar sus labios cálidos y suaves.

«Pero lo echaría todo a perder», pensó, resistiéndose así a la tentación que le había asaltado tan fuertemente.

De pronto, Elvira le tocó en un brazo.

—Mira, Armin.

Peters-Peterson salía en aquel momento por una puerta lateral del edificio, seguido por cuatro sujetos de aspecto poco agradable. El grupo entró en un coche, que arrancó de inmediato.

—Dejemos que se adelanten mil metros —propuso Kline.

—¿Alcanzará el detector? —dudó ella.

—Tiene un radio de acción de casi cinco kilómetros. Cuente hasta sesenta y arranque entonces.

Casi en el mismo instante, pasó por delante de ellos un camión pesado. Kline adivinó su presencia en aquel lugar.

—Sí, van a hacer un nuevo traslado de todo el equipo —dijo.

El camión se alejó. Pasados unos momentos, Elvira le informó que había contado hasta sesenta.

—Eso es un minuto, aproximadamente —calculó él—. Arranca ya. Elvira dio el contacto y encendió las luces. Kline puso el detector en funcionamiento y lo orientó hasta que oyó las señales seguidas, claras y fuertes.

De pronto, se echó a reír.

—Poco se imaginan lo que llevan bajo los asientos del coche —exclamó, satisfecho de su idea.

Transcurrieron casi dos horas. De pronto, Kline movió la mano hacia su derecha.

—Por ahí —indicó.

Elvira hizo girar el volante. Kline había tomado nota de todos los puntos del recorrido, dándose cuenta de que, pese al tiempo, no estaban a más de cinco kilómetros de la ciudad.

—Han dado muchas vueltas, para despistar a posibles perseguidores —adivinó.

Los faros del coche abrían ancha calle iluminada en el estrecho camino, bordeado de árboles y matorrales. Diez minutos más tarde, Kline advirtió que las señales del detector se hacían muy persistentes.

—Para —ordenó—. Apaga las luces. Estamos a menos de quinientos metros de la guarida.

Elvira obedeció de inmediato. Kline saltó al suelo y movió el detector. Los «bips» de las señales recibidas le parecieron casi disparos de pistola.

—Por aquí —dijo, a la vez que reanudaba la marcha.

Elvira se emparejó a su lado. Poco más tarde, salieron a terreno descubierto y vieron una casa, en el centro de un claro, ante cuya fachada se hallaban el automóvil del que procedían las señales y un camión.

La casa era de dos plantas, no muy grande, y se veían algunas luces encendidas. Dentro se advertía cierto movimiento de hombres que iban y venían, no muy intenso, sin embargo.

—No cabe duda; está ahí —dijo Kline. Ya no le hacía falta el detector y lo desconectó, dejándolo luego a un lado.

—Ahora deberíamos buscar el método mejor para sacarlo sin daño, ¿no te parece?

—Sí, sería lo más conveniente. ¿Se te ocurre alguna idea?

Elvira meditó unos instantes.

—Podríamos acercarnos sin que nos viesen y procurar pegar fuego al camión. Saldrían a apagarlo y, aprovechando la confusión, entraríamos en la casa.

—El plan es bueno, pero hay un problema: no tengo armas.

—He traído mi revólver, Armin.

—Guárdalo, pero no lo uses salvo en caso de verdadera necesidad. Está bien, la idea es buena. Veremos qué hacen cuando vean las primeras llamas.

—No harán nada, porque el camión no se incendiará —sonó repentinamente una voz a espaldas de la pareja.

Kline se estremeció.

—Petra —dijo a media voz.

—¿Petra McCabbs? —supuso Elvira.

—Sí, yo misma, y tengo una pistola en la mano. Espero que no me obliguen a usarla. ¿Has oído, Armin?

—Sería la primera vez. Otros lo hicieron por ti, como, por ejemplo, Janus Digger.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Yo me lo he supuesto, aunque, a decir verdad, debería haberlo adivinado antes.

—¿De veras?

—Sí, porque yo mencioné a McVane y dije que había alquilado una de las máquinas de Elsie, sin mencionar cuál, y tú dijiste algo sobre un generador. ¿Cómo podías saberlo, si no era porque estaba relacionada con el asunto?

—Fue un desliz, aunque confiaba en que no lo advertirías —declaró Petra—. Siento lo de Elsie Bernson...

—No, no lo sientes; fuiste tú la que ordenó que la matasen, porque te sentiste celosa de ella. Podías soportar que me fuera de tu lado y Digger fue el encargado de aliviar tu odio hacia esa pobre mujer. Eso no te lo perdonaré jamás, Petra. Nunca, mientras viva, te lo aseguro.

—Ahora ya me es igual —contestó la aludida—. Porque, hablando con sinceridad, ahora es cuando verdaderamente todo ha terminado entre los dos.

—¿Va a matarnos esta mujer? —se alarmó Elvira.

—Eso parece —dijo Kline.

—Otros lo harán —afirmó Petra.

—¡Qué salvaje! Oiga, señora, ¿es que no tiene usted sentimientos?

—Sí, pero de seguridad. No puedo permitir que salgan de aquí, para repetir cosas que me comprometen —dijo Petra.

—Ella es el otro socio de Peters-Peterson —indicó Kline.

—Sí, ahora ya lo sabemos —convino Elvira—. Una mujer sanguinaria, Armin. Empezó por Shardon... Por cierto, ¿qué hizo Shardon para que le pusieran una bomba en la maleta llena de billetes?

—Había invertido una fuerte suma en el asunto y no se creyó que los primeros habían salido mal —explicó Petra—. Por cierto, cargó con casi todos los fajos y quiso marcharse. Raven se encargó de fabricar la bomba.

—Y Meeker o McVane la pusieron en el maletín...

—Basta ya, caminen —ordenó la mujer, impaciente—. Hemos hablado demasiado.

—¿Matarán también a mi padre? —preguntó Elvira.

Petra no contestó. Inesperadamente, Elvira se volvió con enorme rapidez y su mano, extendida, golpeó con el canto su blando estómago.

Sonó un chillido de rabia. Con la mano izquierda, Elvira levantó la de Petra que sostenía la pistola y volvió a asestarle otro golpe en el mismo lugar. Luego, cuando ella se doblaba, le golpeó en la nuca y la derribó inconsciente al suelo.

—Armin, ya tienes un arma —sonrió.

Kline la contempló estupefacto.

—¿Dónde has aprendido a luchar así? —preguntó.

—En las películas —contestó ella alegremente—. Bueno, hubo un tiempo en que me dio por ir a un gimnasio... Pero vamos ya, no nos retrasemos más o empezarán a sacar las cosas sin que podamos hacer nada.

Petra quedó en el suelo, sin sentido. Kline echó a correr hacia el camión y buscó el tapón del depósito de combustible. Como estaba cerrada con llave, tuvo que abrirlo de un tiro.

—¿Tenías que hacerlo así? —dijo Elvira, un tanto enojada.

Kline no contestó. Apartó el tapón, metió un pañuelo, lo mojó en el líquido inflamable y luego lo dejó en el principio del tubo. Inmediatamente, arrió un fósforo y el pañuelo se prendió en el acto.

—Vamos, apártate —dijo.

Corrieron a esconderse detrás del coche y lo hicieron a tiempo, porque ya salían varios individuos, lanzando gritos de alarma.

CAPITULO XII

Un silbante chorro de fuego brotó por el tubo del depósito de combustible. Alguien chilló que se necesitaba un extintor de incendios, pero cuando quisieron buscarlo, se produjo una atronadora explosión. Largas lenguas de líquido ardiente brotaron por todas partes y el camión quedó envuelto instantáneamente en llamas.

Kline no perdió el tiempo. La mayoría de los hampones estaban fuera y, agarrando la mano de la muchacha, tiró de ella hacia la puerta de la casa, junto a la cual se hallaba el coche. El camión quedaba un poco más allá y, entretenidos con el fuego, los matones no se dieron cuenta de que la pareja conseguía entrar en la casa.

Desde el umbral, Kline divisó un espacioso vestíbulo, en uno de cuyos ángulos se divisaba una puerta abierta. Siempre arrastrando a Elvira consigo, corrió hacia la puerta y se encontró ante una escalera que descendía hacia las profundidades del edificio.

—Silencio —advirtió en voz baja.

Bajó poco a poco. Se oían algunas voces y, cuando alcanzó el último peldaño, vio a tres hombres que parecían discutir acaloradamente.

Uno de ellos era Peters-Peterson. Otro era un sujeto de mediana edad, bien parecido, que negaba con la cabeza y la voz los argumentos que le exponía el primero. El tercero era McVane, con la pistola en la mano.

Kline decidió no perder el tiempo en tonterías. Apuntó con todo cuidado y perforó de un tiro el hombro izquierdo de McVane.

Se oyó un terrible aullido. McVane cayó al suelo, revolcándose de dolor.

—¡Papá! —gritó la muchacha.

—Hija, ya ha llegado el señor Huntsworth —dijo alegremente el padre de Elvira.

Peters-Peterson reaccionó con singular rapidez. Kline se arrepintió instantes después de no haberle pegado otro tiro. Cuando quiso recordar, Peters-Peterson tenía en la mano el revólver de McVane y encañonaba con él al padre de la chica.

—Kline, suelte la pistola o mataré a este hombre —amenazó.

El joven vaciló un momento. Consultó con la mirada a Elvira y ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Está bien —cedió de mala gana.

—Tire la pistola, haciéndola resbalar por el suelo —ordenó el otro—. No intente jugarme una mala pasada o el señor Simmons-

Vega morirá en el acto.

Kline obedeció. Peters-Peterson pegó una patada al arma y la envió al otro lado del sótano. Luego movió una mano.

—Ustedes se quedarán aquí, hasta que nos hayamos marchado.

—¿También mi padre? —preguntó ella.

—No. Vendrá con nosotros.

—Claro, tiene que terminar la tarea, ¿verdad? —dijo Kline.

—Le falta muy poco. Cuando haya concluido su labor, lo soltaremos.

—¿Piensa que somos tontos? En primer lugar, una vez que se hayan ido, usted ordenará, a sus secuaces que nos liquiden, para evitar compromisos. Luego, cuando Simmons- Vega haya terminado de grabar los billetes, los harán imprimir y pasarán unos cuantos, para evitar que suceda lo mismo que en la ocasión anterior. En fin, si la cosa tiene éxito, le pegarán un tiro y así habrán quedado libres de todo riesgo. ¿Me equivoco al pensar que ése es su plan, Peters?

La mano de Peters-Peterson se elevó lentamente. Kline llegó a temer que el sujeto apretase el gatillo.

—No lo haga —dijo de pronto el padre de Elvira.

—Ese bastardo me ha molestado demasiado tiempo —se quejó Peters-Peterson.

—Si le toca, me negaré a continuar grabando. Es más, a partir de ahora, no haré nada, si no suelta a esos dos jóvenes inmediatamente.

—¿Me toma por loco? —chilló el sujeto—. Irían en el acto a la policía...

—Elvira, si este hombre os deja salir, tendrás que prometerme que no dirás nada a la policía. ¿Lo has entendido?

—Sí, papá.

Kline apretó los labios. No estaba tan seguro de que las cosas fuesen como pensaba Simmons-Vega. El teniente Ambruster le iba a la zaga y quizá era muy capaz de aparecer allí aquella misma noche.

Durante unos segundos, Peters-Peterson permaneció pensativo, como si no se atreviese a tomar una decisión. Kline examinó el lugar y vio mesas con numerosos frascos de todas clases, un gran tablero de dibujo, pilas de papel, una guillotina y una pequeña imprenta. Sí, era el clásico taller de un grabador. Peters-Peterson y sus secuaces habían caído en la trampa que les había tendido, pero, ¿de qué les serviría si tenían que aceptar las condiciones impuestas por el padre de la muchacha.

Repentinamente, antes de que pudiera decir algo, se oyó un terrible estrépito en el exterior.

Sonaron gritos de alarma. En la puerta de la casa, alguien lanzó un chillido de pánico:

—¡La policía!

Fuera se oyó un espantoso tiroteo. Peters-Peterson se puso lívido.

—Maldito... —jadeó.

Kline se dispuso a defenderse. En el mismo instante, el padre de Elvira agarró un frasco y lo hizo resbalar a todo lo largo de la mesa.

Era un frasco de más de dos litros de capacidad y contenía un líquido semitransparente. Rebasó el borde de la mesa, cayó al suelo, se rompió en mil pedazos y su contenido se inflamó en el acto.

El frasco había caído a los pies de Peters-Peterson, quien empezó a chillar de inmediato. Kline empujó a Elvira y la arrojó al suelo, evitando así los efectos de un par de enloquecidos disparos del jefe de la banda.

El fuego prendió en las ropas de Peters-Peterson, el cual, olvidándose de todo, echó a correr en busca de la salvación. Cuando llegó al arranque de la escalera, era una antorcha humana.

Elvira se tapó los ojos con las manos para no presenciar aquel horripilante espectáculo. Los alaridos del sujeto se perdieron en el piso superior.

—Maldito estúpido —dijo Simmons-Vega con un extintor en las manos— Sólo quería asustarle... Si se hubiera quedado quieto...

Hizo funcionar el extintor y las llamas empezaron a perder virulencia. En aquel momento, se oyó la voz de Ambruster:

—Hemos visto a un tipo que salía ardiendo. ¿Qué ha pasado aquí?

Kline ayudó a Elvira a ponerse en pie. Luego se volvió hacia el policía:

—Pensaba liquidarnos —contestó.

McVane, en el suelo, se quejaba sordamente. Ambruster hizo una señal y dos de sus hombres corrieron hacia el hampón. Ambruster avanzó unos pasos y examinó el sótano con ojo calculador.

—De modo que aquí estaba el taller donde se imprimían los billetes falsos —dijo.

—Nosotros lo hemos encontrado, teniente —declaró Kline—. Creo que el gobierno concede una recompensa en casos semejantes. No lo olvide.

—Lo tendré en cuenta. También ha atrapado al grabador, ¿verdad?

—Eh, poco a poco —protestó Elvira—. Mi padre fue secuestrado desde el primer día.

—¿Podrá demostrarlo? —preguntó Ambruster, escéptico.

—Tiene unos billetes falsos, los que llevaba Shardon —dijo Kline—. El defecto que se observa en ellos es intencionado.

—Así es —confirmó el padre de la muchacha—. Yo no quería que esos granujas se aprovecharan y decidí cometer el error, confiando en que así daría tiempo a mi hija para que me rescatase.

Ambruster movió la cabeza varias veces.

—Le creo —murmuró—. Kline, fuera hay un par de fiambres.

—He oído muchos tiros, teniente.

—Hemos hecho una buena tarea, ¿eh?

—¿Me darán las gracias?

—Yo, personalmente, sí. Los oíros...

Kline se encogió de hombros. «Los otros», seguramente, no se sentirían muy felices.

—Será mejor que nos vayamos, Elvira.

—Sí, Armin. Papá...

Simmons-Vega echó a andar hacia la salida. Cuando pasaba junto al policía, dijo:

—Haga que los expertos examinen las planchas que he grabado. También tenían un defecto.

Ambruster levantó las cejas.

—¿Sí? ¿Qué defecto?

—En todo billete figura la inscripción «*United States of America*». La última palabra está con «H».

—¡Qué incultura! —se escandalizó Ambruster.

Cuando el joven salía ya, alargó la mano y le agarró por un brazo.

—Hay una mujer muerta allá afuera —añadió.

Kline respingó.

—La dejamos Viva —exclamó—. Sólo quedó atontada...

—Llegamos demasiado aprisa y el conductor la vio tarde.

Dos ruedas del coche le pasaron por encima de la cabeza.

Kline sintió un escalofrío.

—Ordenó personalmente que asesinaran a Elsie Bernson

—dijo.

—Sabíamos que andaba en tratos con Peters Peterson, pero no pudimos imaginarnos que las cosas llegaran a tal extremo —dijo

Ambruster.

—Eran dos los jefes de la cuadrilla y ambos con idéntica capacidad de decisión.

—Sí, me lo imagino. Adiós, Armin.

—Teniente...

Kline alcanzó al padre y a la hija ya en la puerta. Un bulto cubierto con una manta yacía en medio del vestíbulo. Despedía un olor horrible.

Fuera había dos cuerpos más, tendidos en la tierra. Dos hampones estaban esposados, con aspecto lleno de abatimiento.

Uno de ellos era Raven, Kline se le acercó y le dirigió una mirada llena de severidad,

—Ahora podrá utilizar sus habilidades con la dinamita, cuando le envíen a trabajar a la cantera de un penal —dijo.

Raven no contestó. Siguió en silencio, con la cabeza baja. Kline reanudó su camino.

Un poco más allá, vio otro cuerpo tendido en el suelo, cubierto con una manta. Las piernas, sin embargo, se divisaban claramente. La seda de las medias aparecía impoluta, lo mismo que los zapatos de alto tacón. Kline recordó que a Petra nunca le habían gustado los pantalones.

Sacudió la cabeza. Era preciso empezar a olvidar. La vida tenía que seguir, pensó:

* * *

Estaba desayunando en la terraza, y cuando vio al visitante que llegaba, salió a su encuentro.

—Has tardado demasiado —dijo.

—Lo siento, tuve mucho trabajo —se disculpó Kline.

—El caso estaba terminado...

—No del todo, Elvira. Hemos estado desbrozando la documentación de Peters-Peterson y de Petra McCabbs. No digo que la ciudad salte cuando se hagan públicos algunos de esos documentos, porque la gente, hoy día, está acostumbrada a las mayores barbaridades, pero unos cuantos personajes de relieve sí se van a ver en apuros.

—Y esos personajes fueron los culpables de tu dimisión.

—Algunos de ellos —sonrió Kline—. ¿No me invitas a desayunar?

—Claro. Siéntate; Manolita pondrá otro cubierto en seguida.

¿Quieres mientras una taza de café?

—Sí, gracias. ¿Dónde está tu padre?

—Ha ido a ver a su marchante. Este asunto le retrasó en la exposición de cuadros que pensaba hacer. Por cierto, tengo que pagarte...

Kline hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes —repuso—. Liquidaré a Dexter y, si me falta algo, ya te lo pediré. Ah, lo olvidaba. Clarell, el jefe de Dexter, también andaba en estos malos pasos. Lo pasará mal.

—El se lo buscó. ¿No se dice así?

—Así se dice —sonrió el joven.

Se reclinó en el asiento, miró a Elvira y agregó:

—Me han propuesto reingresar y me devolverán el grado —añadió.

—¿Aceptarás?

—Me gustaría conocer tu opinión.

—Si te agrada, acepta. Lo dije en cierta ocasión: un hombre debe hacer lo que le gusta.

Kline entornó los ojos.

—Nunca veré la ciudad totalmente limpia, pero sí menos sucia —respondió.

—Celebro que pienses así... en ese sentido. ¿Cuáles son tus pensamientos en otro aspecto de la vida?

—¿Qué aspecto?

Elvira empezó a trazar círculos con el índice, sobre el mantel.

—Pues... ciertos aspectos... de relación entre dos personas de distintos sexos...

—Me permitirás que venga a visitarte con frecuencia, supongo.

—Siempre que quieras, Armin.

El joven sonrió.

—Quizá, con el tiempo...

—Sí, seguro.

Elvira suspiró.

—Me gustaría tener media docena de chiquillos. Creo que tengo alma de madraza, Armin. ¿Y tú?

—Si el padre soy yo...

Los dos se echaron a reír simultáneamente. Luego, de pronto, Kline pareció recordar algo y sacó un papel verde del bolsillo.

—Es el billete falso que me guardé —dijo.

Sacó el encendedor y prendió fuego al papel.

—Estaban impresos con sangre —concluyó.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.